

-10-



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

T306  
29  
18  
845  
e.1

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

941

BT306

.29

M8

1845

C.1

002991

PANEGÍRICO

DE N. S. JESUCRISTO,

QUE PREDICÓ

EN LA PARROQUIA DE PAZTCUARO

El viernes santo 25 de Marzo de 1842, á las nueve de la noche, en la solemne función de exequias que allí se celebra anualmente

EL PRESBITERO

Lic. Clemente Munguia

CATEDRÁTICO

DEL SEMINARIO DE MORELIA.

LO DAN A LUZ

*Algunos vecinos de aquella ciudad.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MORELIA.

Imprenta del C. Ignacio Arango.

1845.

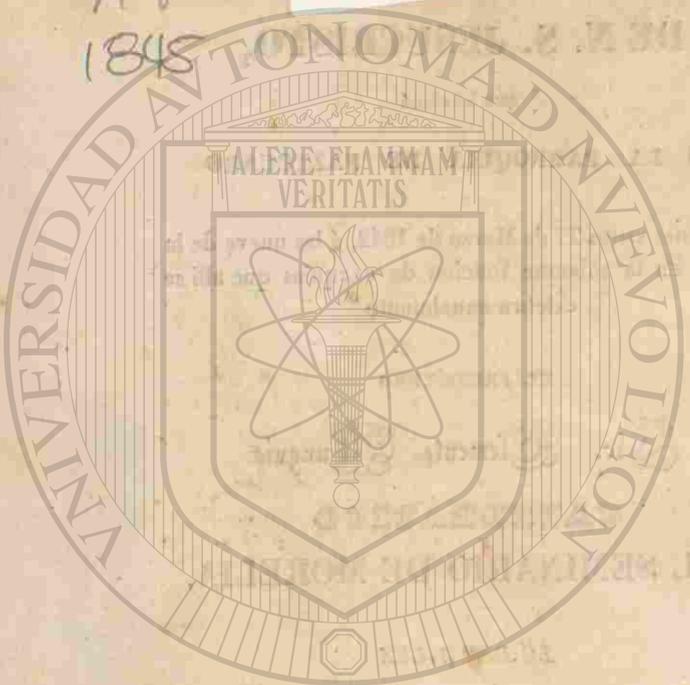


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Edificios Valverde y Teller

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

40280

BT 306  
29  
H8  
1848



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

**DICTAMEN**  
**del Señor Chantre de esta Santa**  
**Iglesia, Lic. D. Domingo Gár-**  
**fias y Moreno.**

SEÑOR PROVVISOR.

**E**l panegírico predicado por el Lic. D. Clemente Munguía el Viernes Santo del año próximo pasado en la ciudad de Páztcuaro, y que V. S. se ha servido pasarme á la censura, es en mi concepto una pieza oratoria bien acabada. El plan escogido por el orador es vasto y capaz de encerrar en él toda la vida de Jesucristo, sus designios y las consecuencias de su mision, y por lo mismo se proporciona desarrollar en él todas las gracias de la elocuencia sagrada. Al mérito de esta feliz elección se añade el de formar en su distribucion una galería de cuadros tan variada, tan escogida y de un colorido tan fresco, que cada uno parece ser el mas sobresaliente. La inteligencia en su colocacion y la economía de los adornos oratorios, que como flores los hermosea sin ofuscar los objetos que presenta; la delicadeza con que hace pasar la vista de uno á otro por grados insensibles, sin violencia, mediante un estilo sencillo y castizo; en una palabra, la ejecucion de todas las reglas de la Bella Literatura, sin afectar la naturalidad, y sin que aperezcan los afanes del arte; todo causa el embelezo de la razon cultivada por la lectura de autores selectos, el placer de la imaginacion, excitando en el alma una suavidad y una uncion tan patética, que concluida la lectura de esta pieza, es necesario acatar y amar á Nuestro Señor Jesucristo. Por esto y por no encontrar en ella cosa alguna contraria al dogma, sentir de los Padres de la Iglesia y sana moral; y sí poder alimentar su lectura la piedad de los fieles y edificar al paso que deleitar á los lectores.

002941

ilustrados, soy de sentir que acceda á la solicitud de su impresion, que motivó el decreto de V. S. que obsequio con el mayor gusto, asi por la confianza que tiene en mis escasas luces, como por el placer que me ha proporcionado el revisar obra tan esquisita. Morelia Febrero 11 de 1843.

Domingo Gárfias.

Morelia Febrero 11 de 1843. Visto el parecer anterior, extendido por el Sr. Chantre de esta Santa Iglesia Catedral, Lic. D. Domingo Gárfias y Moreno, sobre el panegirico de N. Sr. Jesucristo predicado por el Lic. D. Clemente Munguía el Viernes Santo del año próximo pasado en la ciudad de Pazcuaro, concedemos la licencia que se pide para su impresion, bajo la calidad de que se inserte dicho dictámen y este decreto, y de que ántes de salir á la luz pública, se coteje por el Sr. aprobante. El Sr. Lic. D. Mariano Rivas Provisor y Vicario General asi lo decretó y firmó. Doy fé.

Rivas.

Ante mí  
Estévan González.  
Notario.

## PANEGIRICO

DE

### NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenum gratiae, et veritatis. . . . Joann. cap. 1º v. 14.*

Hemos visto su gloria, gloria cual el unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad, S. Juan. cap. 1º v. 14.

**P**ARA desempeñar dignamente, Señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseido de aquella celestial inspiracion que admira el universo en la narracion del mas profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un orden tan elevado, que ha menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios comunicar á los que

BT306

.29

M8

1845

C.1

002991

PANEGÍRICO

DE N. S. JESUCRISTO,

QUE PREDICÓ

EN LA PARROQUIA DE PAZTCUARO

El viernes santo 25 de Marzo de 1842, á las nueve de la noche, en la solemne función de exequias que allí se celebra anualmente

EL PRESBITERO

Lic. Clemente Munguia

CATEDRÁTICO

DEL SEMINARIO DE MORELIA.

LO DAN A LUZ

*Algunos vecinos de aquella ciudad.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MORELIA.

Imprenta del C. Ignacio Arango.

1845.

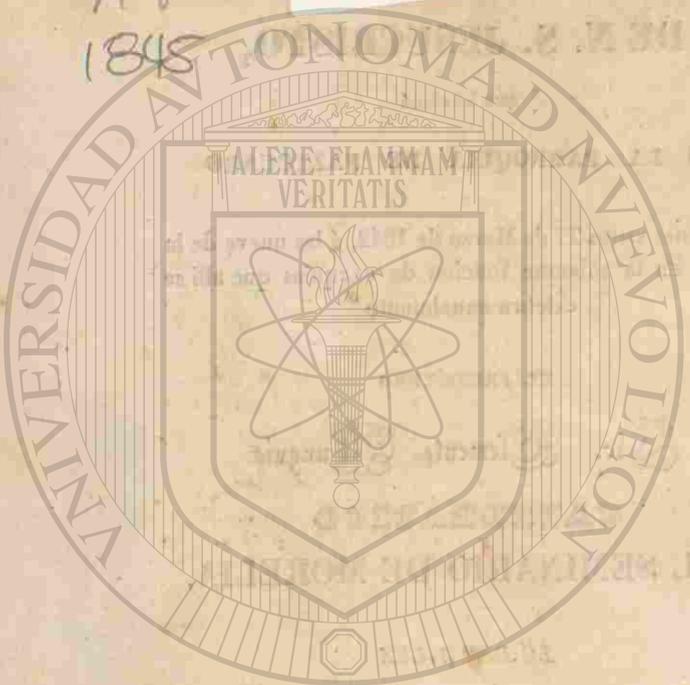


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Teller

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

40280

BT 306  
29  
H8  
1848



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

**DICTÁMEN**  
**del Señor Chantre de esta Santa**  
**Iglesia, Lic. D. Domingo Gár-**  
**fias y Moreno.**

SEÑOR PROVVISOR.

**E**l panegírico predicado por el Lic. D. Clemente Munguía el Viernes Santo del año próximo pasado en la ciudad de Páztcuaro, y que V. S. se ha servido pasarme á la censura, es en mi concepto una pieza oratoria bien acabada. El plan escogido por el orador es vasto y capaz de encerrar en él toda la vida de Jesucristo, sus designios y las consecuencias de su mision, y por lo mismo se proporciona desarrollar en él todas las gracias de la elocuencia sagrada. Al mérito de esta feliz elección se añade el de formar en su distribucion una galería de cuadros tan variada, tan escogida y de un colorido tan fresco, que cada uno parece ser el mas sobresaliente. La inteligencia en su colocacion y la economía de los adornos oratorios, que como flores los hermosea sin ofuscar los objetos que presenta; la delicadeza con que hace pasar la vista de uno á otro por grados insensibles, sin violencia, mediante un estilo sencillo y castizo; en una palabra, la ejecucion de todas las reglas de la Bella Literatura, sin afectar la naturalidad, y sin que aperezcan los afanes del arte; todo causa el embelezo de la razon cultivada por la lectura de autores selectos, el placer de la imaginacion, excitando en el alma una suavidad y una uncion tan patética, que concluida la lectura de esta pieza, es necesario acatar y amar á Nuestro Señor Jesucristo. Por esto y por no encontrar en ella cosa alguna contraria al dogma, sentir de los Padres de la Iglesia y sana moral; y sí poder alimentar su lectura la piedad de los fieles y edificar al paso que deleitar á los lectores.

002941

ilustrados, soy de sentir que acceda á la solicitud de su impresion, que motivó el decreto de V. S. que obsequio con el mayor gusto, asi por la confianza que tiene en mis escasas luces, como por el placer que me ha proporcionado el revisar obra tan esquisita. Morelia Febrero 11 de 1843.

Domingo Gárfias.

Morelia Febrero 11 de 1843. Visto el parecer anterior, extendido por el Sr. Chantre de esta Santa Iglesia Catedral, Lic. D. Domingo Gárfias y Moreno, sobre el panegirico de N. Sr. Jesucristo predicado por el Lic. D. Clemente Munguía el Viernes Santo del año próximo pasado en la ciudad de Pazcuaro, concedemos la licencia que se pide para su impresion, bajo la calidad de que se inserte dicho dictámen y este decreto, y de que ántes de salir á la luz pública, se coteje por el Sr. aprobante. El Sr. Lic. D. Mariano Rivas Provisor y Vicario General asi lo decretó y firmó. Doy fé.

Rivas.

Ante mí  
Estévan González.  
Notario.

## PANEGIRICO

DE

## NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenum gratiae, et veritatis. . . . Joann. cap. 1º v. 14.

Hemos visto su gloria, gloria cual el unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad, S. Juan. cap. 1º v. 14.

**P**ARA desempeñar dignamente, Señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseido de aquella celestial inspiracion que admira el universo en la narracion del mas profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un orden tan elevado, que ha menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios comunicar á los que

ilustrados, soy de sentir que acceda á la solicitud de su impresion, que motivó el decreto de V. S. que obsequio con el mayor gusto, asi por la confianza que tiene en mis escasas luces, como por el placer que me ha proporcionado el revisar obra tan esquisita. Morelia Febrero 11 de 1843.

Domingo Gárfias.

Morelia Febrero 11 de 1843. Visto el parecer anterior, extendido por el Sr. Chantre de esta Santa Iglesia Catedral, Lic. D. Domingo Gárfias y Moreno, sobre el panegirico de N. Sr. Jesucristo predicado por el Lic. D. Clemente Munguía el Viernes Santo del año próximo pasado en la ciudad de Pazcuaro, concedemos la licencia que se pide para su impresion, bajo la calidad de que se inserte dicho dictámen y este decreto, y de que ántes de salir á la luz pública, se coteje por el Sr. aprobante. El Sr. Lic. D. Mariano Rivas Provisor y Vicario General asi lo decretó y firmó. Doy fé.

Rivas.

Ante mí  
Estévan González.  
Notario.

## PANEGIRICO

DE

## NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenum gratiae, et veritatis. . . . Joann. cap. 1º v. 14.*

Hemos visto su gloria, gloria cual el unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad, S. Juan. cap. 1º v. 14.

**P**ARA desempeñar dignamente, Señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseido de aquella celestial inspiracion que admira el universo en la narracion del mas profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un orden tan elevado, que ha menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios comunicar á los que

están encargados de anunciar sus prodigios y publicar su gloria. ¿Pero cuál es este acontecimiento, católicos, y qué motivo nos reúne á todos al presente en la casa del Señor? ¡Ah! esta luz melancólica cuyos débiles rayos apenas interrumpen las tinieblas en que está envuelta la naturaleza, esos monótonos y pausados conciertos que no ha mucho acabamos de escuchar, en los cuales prorumpía el Profeta inconsolable á la vista de Jerusalem desolada; este silencio augusto que parece encadenar hasta el aliento en el recinto del santuario; ese monumento enlutado, esa urna venerable, custodiada por llorosos genios que cambian hoy la vestidura de luz por el luto de la tierra: todo nos anuncia la muerte del Hombre-Dios, todo manifiesta que celebramos el aniversario del Rey por esencia, las honras fúnebres de Jesucristo.

A la vista de tan grandes objetos, el corazón se siente oprimido, se apodera del alma una santa desolación, los suspiros interrumpen de tiempo en tiempo este silencio religioso, y los ojos se inundan á cada paso en un torrente de lágrimas.

¿Pero qué, lágrimas y dolor exige de nosotros la vida y muerte del Redentor del mundo? ¡Ah! ¿Que sería del hombre sin esa tumba? ¿Donde estarían sin ella su consuelo su esperanza y su felicidad? Si yo viniese aquí á ofrecer los últimos honores á un Monarca de la tierra, pintaría su magnificencia y exaltaría sus glorias, á fin de que viéndolas vosotros abandonarle para siempre en el sepulcro, comprendieseis á la luz del Evangelio, cuán triste es la inmortalidad que otorga el mundo á sus grandes. Mas no se trata, Señores, de arrebatár la admiración con la pintura de esa triste celebridad: no vengo aquí á sacar de la vanidad humana lecciones terribles y de-

les desengaños: se trata de contemplar la única y sólida grandeza: vengo directamente á exponer á la veneración pública la verdadera gloria, la gloria por excelencia, la gloria del Mesías, y para hablar con el Evangelista, la gloria que el Eterno Padre había de comunicar á su Hijo unigénito. *Gloriam quasi unigeniti à Patre.*

¿Como pintarla? Nuestros discursos tienen siempre un término; las grandezas de Jesucristo no le tienen. Mas qué, ¿no contamos por ventura con otros medios de celebrarlas, que nuestros limitados pensamientos? Nuestro ministerio no está reducido á los mezquinos discursos de la razón: el orador cristiano cuenta siempre con esa profunda sabiduría que para la enseñanza y edificación de su Iglesia, le ha dejado el Señor en el depósito de los libros santos; y yo mismo, á pesar de toda mi pequeñez é indignidad, no necesito mas que abrir esas páginas venerables, para mostrar en ellas á mi auditorio la fuente inagotable de tanta grandeza y de tanta gloria.

Una y otra, Señores, resplandecen altamente en aquella plenitud infinita que lo comprende todo: sabiduría, bondad, misericordia, poder; en aquella plenitud eterna de gracia y de verdad que admiró el Evangelista San Juan en la persona del Mesías: *plenum gratiae, et veritatis.* Estas dos palabras encierran maravillosamente los grandes atributos de Jesucristo. Plenitud de verdad que anuncia la sabiduría del Verbo, plenitud de gracia que anuncia las perfecciones infinitas y los méritos del Hombre-Dios: plenitud de que todos hemos participado sin que padezca detrimento alguno en su fuente. Aquí reconoce nuestra razón, que las glorias de Jesucristo no están reducidas á una porción del espacio, ni sujetas

al cómputo mezquino del tiempo; y que aun humanamente hablando, su historia es la historia del mundo, que su nombre ha sido, es y será universal y perpetuamente venerado, y que hablar de las grandezas de Jesucristo es abismarse en la inmensidad y eternidad de Dios.

Mas no siendo posible referirlo todo, y habiendo de sujetarme, en una materia tan vasta, dentro de los estrechos límites de un discurso, permitidme que os hable de tres cosas que inician en cierto modo á la razon humana en los altos misterios de esta plenitud infinita. La predicacion de Jesucristo, la historia de su vida, el establecimiento y la conservacion de su Iglesia: he aqui, católicos, la sabiduría por excelencia, la santidad eterna, el poder sumo del Redentor del mundo, los dones inefabes con que el Verbo hecho carne se ha dignado enriquecer á la pobre humanidad, la luz que ha civilizado al mundo, el poder que ha extendido entre los hombres el imperio de la virtud, y la misericordia que ha celebrado la feliz alianza del cielo con la tierra. Admiramos pues en esta noche, consagrada justamente á los mas santos y gloriosos recuerdos, admiremos, digo, cuanto cabe en la condicion humana, una verdad que dispó las tinieblas del universo, una vida que hizo nacer la virtud y la sostiene con el ejemplo mas sublime, un poder en fin que fundó un reino inmortal. Plenitud de verdad que destruye el imperio del error: he aqui la doctrina de Jesucristo. Plenitud de gracia que confirma esta verdad con los ejemplos, á fin de plantar en la tierra la virtud: he aqui las acciones, los padecimientos, la muerte ignominiosa de Jesucristo. Plenitud de gracia y de verdad eternamente unidas, de verdad que dirige y de gracia

que ejecuta y conserva: he aquí la Iglesia de Jesucristo. Mas yo no debo desplegar mis labios, hermanos míos, sin postrarme antes con vosotros delante de ese madero, escándalo para el judío, locura para el gentil, consuelo y apoyo, poder y sabiduría para nosotros, que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos renacido en el Espíritu Santo.

¡O Cruz! Yo te saludo con la Iglesia Santa. De ti penden hoy la esperanza y la inmortalidad. En ti se halla el manantial perenne de la sabiduría y de la misericordia, tu eres la fuerza y la unción de la palabra evangélica. Que descienda pues á mis labios una gota siquiera de ese licor dulcísimo y fecundo con que se dignó enriquecerte el Hijo de Dios: que esto me basta para celebrar dignamente su gloria á la vista de su sepulcro y en medio de su pueblo. ¡O Cruz, ave &c.!

### PRIMERA PARTE.

Si siguiendo con fidelidad el curso de los tiempos, para venir á la época de su plenitud, en que Jesucristo habia de presentarse extendiendo sus augustos brazos, á fin de reunir en la sagrada colina del Calvario y al pie de su cruz á todas las naciones, nuestro espíritu se eleva por un impulso irresistible á contemplar las causas de un acontecimiento que nada tiene de comun con lo que mas admira la historia en la vida y en las acciones de los sabios y de los reyes. La filosofía, Señores, que se lisongeaba en aquel siglo de haber atesorado un gran número

al cómputo mezquino del tiempo; y que aun humanamente hablando, su historia es la historia del mundo, que su nombre ha sido, es y será universal y perpetuamente venerado, y que hablar de las grandezas de Jesucristo es abismarse en la inmensidad y eternidad de Dios.

Mas no siendo posible referirlo todo, y habiendo de sujetarme, en una materia tan vasta, dentro de los estrechos límites de un discurso, permitidme que os hable de tres cosas que inician en cierto modo á la razon humana en los altos misterios de esta plenitud infinita. La predicacion de Jesucristo, la historia de su vida, el establecimiento y la conservacion de su Iglesia: he aqui, católicos, la sabiduría por excelencia, la santidad eterna, el poder sumo del Redentor del mundo, los dones inefabiles con que el Verbo hecho carne se ha dignado enriquecer á la pobre humanidad, la luz que ha civilizado al mundo, el poder que ha extendido entre los hombres el imperio de la virtud, y la misericordia que ha celebrado la feliz alianza del cielo con la tierra. Admiramos pues en esta noche, consagrada justamente á los mas santos y gloriosos recuerdos, admiremos, digo, cuanto cabe en la condicion humana, una verdad que dispó las tinieblas del universo, una vida que hizo nacer la virtud y la sostiene con el ejemplo mas sublime, un poder en fin que fundó un reino inmortal. Plenitud de verdad que destruye el imperio del error: he aqui la doctrina de Jesucristo. Plenitud de gracia que confirma esta verdad con los ejemplos, á fin de plantar en la tierra la virtud: he aqui las acciones, los padecimientos, la muerte ignominiosa de Jesucristo. Plenitud de gracia y de verdad eternamente unidas, de verdad que dirige y de gracia

que ejecuta y conserva: he aquí la Iglesia de Jesucristo. Mas yo no debo desplegar mis labios, hermanos míos, sin postrarme antes con vosotros delante de ese madero, escándalo para el judío, locura para el gentil, consuelo y apoyo, poder y sabiduría para nosotros, que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos renacido en el Espíritu Santo.

¡O Cruz! Yo te saludo con la Iglesia Santa. De ti penden hoy la esperanza y la inmortalidad. En ti se halla el manantial perenne de la sabiduría y de la misericordia, tu eres la fuerza y la unción de la palabra evangélica. Que descienda pues á mis labios una gota siquiera de ese licor dulcísimo y fecundo con que se dignó enriquecerte el Hijo de Dios: que esto me basta para celebrar dignamente su gloria á la vista de su sepulcro y en medio de su pueblo. ¡O Cruz, ave &c.!

### PRIMERA PARTE.

Si siguiendo con fidelidad el curso de los tiempos, para venir á la época de su plenitud, en que Jesucristo habia de presentarse extendiendo sus augustos brazos, á fin de reunir en la sagrada colina del Calvario y al pie de su cruz á todas las naciones, nuestro espíritu se eleva por un impulso irresistible á contemplar las causas de un acontecimiento que nada tiene de comun con lo que mas admira la historia en la vida y en las acciones de los sabios y de los reyes. La filosofía, Señores, que se lisongeaba en aquel siglo de haber atesorado un gran número

de verdades, la filosofía que en el silencio de una reserva misteriosa llegó á comprender la vanidad y aun ridiculeza del culto que tributaba la superstición á las divinidades del paganismo, la filosofía que mas de una vez habia ocupado el trono de los Césares, apuró en vano sus recursos para extender y uniformar todas sus convicciones. Las creencias de los sabios, si es que alguna tenian, eran tan varias como los sistemas filosóficos; y la idea de trasmitirlas á los pueblos, y con mas razon, la de reunirlos á todos en una sola creencia, fué ya un designio que traspasaba con mucho los límites de la posibilidad humana. Envueltos en las tinieblas mas densas, los pueblos todos hacian del error una profesion pública, tanto mas obstinada, cuanto mas lisongeaba sus brutales pasiones. Condiciones únicas, condiciones incommunicables, condiciones incapaces de confundirse, eran absolutamente precisas en el grande y sublime personage que habia de bajar de los cielos con el fin de reunir en un punto las persuaciones y las creencias, disipando las tinieblas que envolvian á la tierra y regenerando el entendimiento de los hombres con la manifestacion de su verdad. He aqui, Señores, el primero de los timbres que ofrecen á la veneracion del universo la vida y las acciones gloriosas de Jesucristo Señor nuestro. ¿Mas cuáles fueron las condiciones con que su hubo presentado á fin de realizar este prodigioso designio? Los sabios no se atrevian á revelar á los ojos del pueblo la vanidad del paganismo, por que su autoridad habria sido desechada; mas Jesucristo presenta los títulos de su mision divina: las verdades que podian presentar aquellos, se hallaban confundidas con un sin número de errores, no tenian enlace, no formaban sistema, no po-

dian en suma mejorar la condicion del hombre; Jesucristo marca su doctrina con caractéres que subyugan irresistiblemente la razon humana.

En primer lugar, da testimonio de su mision divina. Un pueblo profético llena con su historia el prodigioso curso de cuarenta siglos; y esta historia cuya primera página muestra el principio de las cosas, el nacimiento del mundo y la creacion del hombre, el origen del mal y la promesa de su remedio; esta historia donde vemos figurar tantos pueblos y tantos reyes, resplandecer tanta magnificencia y tanta sabiduria, aglomerarse tantas acciones inmortales y tantas glorias diversas; esta historia donde admiramos el esplendor del culto, los timbres del sacerdocio, la sabiduria de las leyes, el gobierno de los pueblos; esta historia tan fecunda en resultados, tan variada en acontecimientos, nada encierra, Católicos, que no tenga por objeto el anuncio de Jesucristo: Jesucristo ocupa todas sus páginas: él es la fuerza que sostiene todas las instituciones antiguas, el objeto figurado en todos los acontecimientos de Israel.

Recorred todas las épocas que la historia cuenta, desde la falta deplorable de la primera muger hasta el parto glorioso de la Virgen Madre. ¿Donde no encontrais á Jesucristo? En el paraíso es prometido por Dios al estirpe delincuente; en el diluvio es representado en el arca misteriosa. Abraham merece, como una recompensa de su fidelidad, la infalible promesa de que habrá de salir de su generacion aquel por cuyo medio habian de ser bendecidas todas las naciones. Moises recibe en las cumbres del Sinai las tablas de una ley que habia de recibir su complemento en la cima del Calvario. Mas tarde Salomon dedica al verdadero Dios aquel templo magnífico,

donde todo representa dignamente al Redentor del género humano. El triste cautiverio de Babilonia y su gloriosa libertad son apenas una figura imperfectísima de la regeneracion que Jesucristo vino á producir en el universo. Ved, Señores, al Mesías en todas partes, vedle bajo la cuchilla sacrificadora de Abraham, ved su sacrificio incruento, su sacerdocio, su reinado y hasta su generacion misma en la persona y en la oblacion augusta del Gran Sacerdote Melchisedech; reconocedle en el altar de los holocaustos, en la tribu sagrada de Leví; adoradle con el Salmista-rey á la diestra de su Padre; ved en fin como vive en el corazón de los Patriarcas, y con cuanta magnificencia es anunciado por la voz de los Profetas.

¿Mas qué veo, Señores, en la plenitud de los tiempos? Nuevos y solemnes testimonios de Jesucristo. El espíritu de Dios abre milagrosamente los labios de Zacarías; y de ellos se levanta hasta el cielo aquel himno profético de honor, de gratitud y bendicion, aquel himno en que canta la gran visita del Señor á su pueblo, la redencion por tantos siglos esperada, el advenimiento del Mesías, luz divina que habia de iluminar á tantos pueblos sumergidos en las tinieblas, en las sombras de la muerte. (†) Impelido por una fuerza sobrenatural, el anciano Simeou penetra en el templo, toma en sus brazos al niño, y á la vista de este supremo Rey que habia traído la salud á las generaciones, y en la embriaguez dulcísima de un gozo puro y celestial, interrumpe la ceremonia religiosa con el cántico sublime de su muerte.—,En fin, Señor, llegó la hora feliz que aguardaba con impaciencia tu siervo: voy á morir en paz, por que

(†) *Luc. I, 79.*

*mis ojos han visto al Salvador del mundo.*" (†)

Una voz desconocida interrumpe el silencio del desierto. ¿Quién la ha pronunciado? El pueblo se sorprende á la vista de un personage verdaderamente extraordinario. Su aspecto venerable, su vestidura humilde, el rigor de su penitencia llaman fuertemente la atencion general.—,¿Quién eres tú? le preguntan los enviados: ¿Elías acaso? ¿por ventura el Profeta?"—No soy, les respondió, no soy sino la voz del que clama en el desierto: *preparad el camino del Señor.* En medio de vosotros está uno á quien no conocéis, el que ha de venir despues de mí, el que fué hecho ántes de mí, y á quien yo no soy digno de desatar la cinta de su calzado." (†)

¿Como résistir, Católicos, al poder de tantos y tales testimonios? Lo pasado y lo presente, los hombres y los acontecimientos, las ceremonias y las leyes, todo se reune á fin de mostrar en Jesucristo al Hijo de Dios. Pero no es esto todo: visitad conmigo aquella montaña célebre donde Cristo se transfigura. ¡O escena verdaderamente sublime! ¡O cuadro divino que pasma la inteligencia y encadena la admiracion! Jesucristo aparece revestido de toda su magestad, cubierto con los rayos de su gloria: tiene á sus lados al grande Elías y al Gefe del antiguo pueblo, á sus pies caen los Apóstoles incapaces de sostener el esplendor de aquella magestad. ¿Que misterio se encierra en este acontecimiento? ¿Por qué causa la gloria del emperio aparece á los hombres en la cumbre de esta montaña? Que cese vuestra duda, católicos: se trata de Jesucristo, y su Eterno

(†) *Luc. II, 29 y 30.*

(††) *Joann. I, 21, 23, 26 et 27.*

Padre no contento con verle de tantos modos figurado y predicho, quiere anunciarle por sí mismo y consagrar con su testimonio inmediato en el culto de las generaciones la nueva verdad que iba á ser anunciada por Jesucristo al universo.—„Este es mi Hijo muy querido en quien me he complacido desde la eternidad: hombres, oídle:” *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui: ipsum audite.* (†)

¿Y qué diré de los testimonios que Jesucristo da de sí mismo? ¿Su evangelio por ventura será menos recomendado por ellos, que lo habia sido por la voz de toda la antigüedad, por el anuncio de los Profetas contemporáneos á su nacimiento, por su Precursor en el desierto y por su Eterno Padre en el Tabor? ¿Quién podría referirlos todos? ¿Donde está la elocuencia que baste á ponderarlos? El alma se pierde, Católicos, en ese abismo infinito de grandeza y de poder. Habla Jesucristo, y todo se rinde á su palabra: el cielo le escucha, la naturaleza le acata, el infierno le obedece, la tierra le admira. No se necesita mas que una palabra, ¿que digo? un acto de su voluntad basta para que se realizen los mayores portentos. No me empeñaré sin embargo en seguirle con vosotros por la vasta carrera de sus milagros: ninguno los ignora, y todavía recordamos con trasporte los paralíticos que recobran el movimiento, los demonios que abandonan despavoridos el seno de sus víctimas, las tempestades que se sesiegan á la presencia del Rey de la naturaleza, los discípulos marchando por la superficie de las aguas, los ciegos de nacimiento sorprendidos repentinamente con el cuadro magnífico de la creacion, los mu-

(†) *Math. XVII, v. 5.*

dos rompiendo con la palabra el silencio á que habian estado condenados toda su vida, los sordos escuchando, y los muertos, en fin, saliendo triunfantes del sepulcro.

¿Qué importa pues que haya desdeñado desde su cuna las vanas apariencias, el ornato fastuoso y la impotente fuerza de los grandes, para humillar con su palabra la razon altiva de los hombres, el que da tales muestras de su origen divino, el que asi comprueba la mision que ha traido desde el seno de su Eterno Padre? ¿Qué importan las pajas de Belen y los humildes paños que le cubren, cuando veo descender al establo el ejército de las potestades del cielo, cuando los ángeles cantan allí *la gloria de Dios y la paz de los hombres*, y cuando veo confundidos delante del hijo de María el concierto rústico de los pastores con el magnífico y humilde homenaje de los reyes? No debemos extrañar, pues, que la predicacion de Jesucristo haya condenado al silencio los vanos discursos de los filósofos y la voz impostora de los oráculos. Pero qué, ¿son estos acaso los motivos únicos que sometieron á la palabra del Señor el espíritu del universo y la razon de los siglos? Entrad, católicos, en el fondo de su doctrina, abrid el Evangelio, recorred allí las altas verdades que contiene; subid á su origen por la contemplacion de su naturaleza. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral, eterna en sus promesas. he aqui, Señores, los caracteres divinos con que se manifiesta la verdad de Jesucristo, para que el universo todo reconozca y admire en ella la palabra infalible de la sabiduria del Hijo.

*Sublime en sus misterios, la verdad que Jesu-*

cristo enseña ennoblece la razon humana, remplazando con una luz divina y eterna esas conjeturas de un día, timbres de los mayores sabios y magnificas pruebas de nuestra limitacion y de nuestra nada. El dogma sacrosanto de un Dios trino y uno, *el verbo que existia desde el principio, que estaba en Dios, que era Dios*, (†) hecho carne en el vientre de una Virgen por obra del Espíritu Santo para nacer en el tiempo, padecer y morir; el hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran día en que ha de finalizar el mundo; el pan convertido en el cuerpo y el vino en la sangre del cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumacion de los siglos, como una prenda de amor, en cual Jesucristo habia de presentarse á los ojos de nuestra fé con el doble carácter de Pontífice que sacrifica y víctima que se inmola; la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable, en que, unidos todos los miembros con la cabeza, que es Jesucristo, por la profesion de una misma fé, por la participacion de unos mismos sacramentos, por la identidad del culto, por la sujecion á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio, en cuyo muro inexpugnable habian de estrellarse las oleadas furiosas que se levantarán del abismo, una ventura sin fin reservada á los justos, una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; el tiempo que vuela presuroso á unirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad: he aquí, Señores, un conjunto imponente,

(†) *Joann. I, 1.º*

admirable, divino; una concurrencia misteriosa de sombras y de luz, en que la verdad, semejante á la nube de Israel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razon que tiene el increíble frenesí de buscar en si misma el gran principio y el inevitable término de todas las cosas.

¡O filósofos! Estos misterios profundos encienden la ira en vuestro pecho, arrancan de vuestros labios el grito de rebelion y arman vuestra mano sacrilega con el impotente dardo que arrojáis con furia contra el cielo. ¿Mas qué importan estas alarmas impías? Nada podréis contra la verdad: sostenida con la palabra infalible del Ser por esencia, ni espera ni teme nada de vosotros; y antes bien, para colmo de vuestra infamia, fijará su trono en el entendimiento humilde, mientras vosotros espantosamente unidos en el fango de vuestros pensamientos, siempre agitados y siempre infelices, os fatigaréis inútilmente por hallar una fuerza que os asegure contra las amenazas de la fe, no gustaréis nunca los encantos de la verdad, ni bajaréis al sepulcro precedidos de la esperanza.

*Una en su economía.* El primer indicio, Católicos, del humano saber es y ha sido siempre aquella insoportable mezcla de verdades y de errores, y mui particularmente la confusion de máximas, de principios y de sistemas, donde el entendimiento humano se extravía cuando parece mas seguro. Ni hai puntos de contacto, ni centro de reunion, ni el mas ligero indicio de unidad. Se habla mucho y se dice mui poco, se abraza todo y no se estrecha nada: he aquí la sabiduría del gentilismo. ¿Qué otra cosa nos dicen aquellas sectas donde cada uno imaginaba el

haberlo hallado todo, y donde nada nos sorprende tanto, como el conjunto de las imposturas y de los errores, los laberintos en que se extravió tantas veces el génio de la ciencia, y las torcidas huellas que nos recuerdan todavía la incierta y vacilante marcha de razon humana? Solo Jesucristo, hermanos míos, ha podido comunicar á su doctrina el orden y unidad estupendas que no solamente ilustran y llenan de admiracion al verdadero cristiano, sino que han arrancado mil veces aun al impío los mas cumplidos homenages. Por esto vemos que mientras una parte del mundo adora á Jesucristo, como un Dios, otra parte le reconoce y aclama primer sabio de los siglos.

Las ideas de criador y criatura nos llevan hasta el origen de la especie humana. En el acto mismo de presenciar la creacion, vemos abrirse á nuestros pies el camino que debe recorrer el hombre para llegar á su destino inmortal. Allí descubrimos nuestra dependencia gloriosa, nuestra limitacion: desde el sentimiento de nuestra nada nos elevamos hasta el origen del Ser y el manantial de la sabiduría; y ya desde entonces esperamos únicamente de Dios la verdad y la ley. En esta primera página del mundo se nos presentan casi á un mismo tiempo el pecado que condena á toda la humanidad, y la promesa de un Redentor que ha de satisfacer á la justicia divina para salvar á los hombres. Los Patriarcas, los Profetas, las instituciones, la religion, los sacrificios, todo está íntimamente ligado á esta promesa; y aun ántes de nacer el Salvador del mundo atraviesa con magestad los siglos todos que ocupan el espacio que media entre Eva y María. Jesucristo llega: es Dios y hombre: su palabra exige lo negacion de nuestro entendimiento; su ley, el holocausto de nuestra voluntad. A este

doble sacrificio está unida una recompensa eterna, asi como á la pertinacia del incrédulo y á la obstinacion del pecador corresponde una desgracia que no ha de tener fin. La negacion de sí mismo íntimamente unida con la felicidad verdadera, la única sabiduría dependiente del sacrificio del entendimiento; el orden, la paz, el verdadero gozo, inseparables del sacrificio de la voluntad: he aqui, Señores, un maravilloso sistema en que todo está unido á una idea capital, á la negacion de nosotros mismos.

*Universal en su inteligencia.* Admiro como es justo aquellos misterios sublimes y esta unidad perfecta; pero cuando paso á la universalidad que tiene por su clara inteligencia la verdad de Jesucristo, cuando la veo tan sencilla como elevada, cuando me convenzo por las pruebas de una irrecusable experiencia, de que el Señor ha querido prodigarla sin medida á los pequeños y sencillos, tal vez en el instante que la rehusa á los grandes y á los sabios, mi razon vencida sucumbe bajo el poder de este arcano. Recorred, Señores, el inmenso campo del cristianismo, visitad con la imaginacion todas las clases, desde el palacio hasta la cabaña. ¿Quién ignora estos misterios? ¿quién no ha comprendido el conjunto de estas verdades? ¿á quién se oculta el superior designio que contienen? ¿quién no ha penetrado su maravillosa economía? ¡Ah! Cuando busco la verdad y la ley, las reconozco igualmente en el idioma inculdo del aldeano y en los labios balbucientes del niño.

¿Qué habia podido con su magnificencia y aparato la razon de los antiguos filósofos? ¿Cuándo mostraron ellos al pueblo los conocimientos que ofrecian á la admiracion? ¿Qué habia sido la parte mas numerosa de la sociedad, ántes que la cruz de Jesucristo

derramase aquella sabiduría profunda, á cuya única posesion aspiraba el Apóstol de las gentes? Los Sacerdotes en Egipto, los Magos en Persia, los Brachmanes en el Indostan y los filósofos entre los griegos, ¿qué fueron, decidme, sino arcaas cerradas de ilusiones ó imposturas? Se diria que penetrados de la vanidad de sus pensamientos, mantenian la ciencia envuelta de continuo en las sombras del misterio, recelosos de una publicacion que hubiera comprometido su celebridad. El pueblo lo ignoraba todo, hasta el abismo de su degradacion. Estaba reservado á vos, ¡O Jesus! derramar sobre esta ruda y extendida mole la inmensa copia de vuestra sabiduria, haciendo por este medio que en vuestra persona reconociera el universo la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: *Lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (†)

*Santa en su moral.* ¿Quién otro que Jesucristo, Católicos, pudo haber sancionado su ley dando á cada precepto un carácter verdaderamente celestial? Su reino no es de este mundo, sus leyes no estan sujetas á las vicisitudes del tiempo, su doctrina es verdaderamente santa. La práctica de esta doctrina hace reinar el Espíritu Santo en el corazon, y la observancia de la ley es un vínculo indisoluble que parece unir al cielo con la tierra. Dios en el hombre, el hombre en Dios: he aquí la moral de Jesucristo. Somos por ella una cosa que no pertenece á la tierra: el entendimiento se levanta sobre las alas de la fe en busca del grande objeto hácia donde le impele sin cesar el fuego del amor divino. Donde el Evan-

(†) *Joann. I, 9.º*

gelio se observa como la regla universal no hay sacrificio costoso, no hay empeño difícil; y desde el individuo que obedece hasta el caudillo que manda, no se ve mas que un comercio dulcísimo de condescendencia cristiana, que afirma incesantemente el imperio de la paz, hace reinar juntas la virtud y la sabiduría, y franquea por todas partes las avenidas de la felicidad.

Como la mision de Jesucristo fué restablecer á los hombres en los derechos á la felicidad que habian perdido por el pecado original, el nuevo reino que fundó en el mundo se dirige nada menos que á poner á todos sus miembros en la posesion inamisible de Dios que es la ventura celestial. Pero qué, ¿esta moral santa, cuyo inmediato objeto es la eternidad, no ha venido tambien á dar paz á los hombres dentro de los límites del tiempo? Antes de Jesucristo, la historia de las instituciones humanas parecia dirigirse á convencer al mundo de que no habia medio ninguno para la política en la fatal alternativa de la insurreccion y de la tiranía. Jesucristo fué con la santidad de su ley el que sancionó la libertad de los pueblos, *borró la infame definicion de esclavo del código* de las naciones, sentó los principios de la sociedad y dió una constitucion al universo. „Sabeis, dijo á sus Apóstoles, y en ellos tambien á cuantos hubiesen de gobernar segun el Evangelio, „sabeis que los Príncipes de las naciones „dominan sobre ellas, y que los mas grandes ejercen en ellas el poder. No será asi entre vosotros; „sino antes bien, el que quisiere ser mayor sea vuestro criado y el que quisiere ser el primero sea „vuestro siervo: por que el Hijo del hombre no vino „no para ser servido, sino para servir y dar su vida

„por la salud del mundo.” (†) ¿Lo habeis oido, hermanos míos? Jesucristo acaba de tirar la línea que divide política de política, y gobiernos de gobiernos. Los pueblos no son ya el patrimonio de sus soberanos, sino el blanco de la beneficencia y un objeto de la mas tierna solicitud para los que son llamados al honor terrible de regirlos. Mandar es santificarse en los puestos públicos, es servir á los súbditos con zelo, sacrificarles el tiempo, los gustos, la quietud propia, la prosperidad y hasta la vida. Pero ¿quien ha establecido esta máxima? El mismo, Católicos, que ha comunicado á la persona del que gobierna un carácter santo y venerable, el que ha inscrito las leyes que se promulgan en la tierra, entre los preceptos que Dios ha impuesto á los hombres; y que uniendo á la sancion de los sentidos la sancion del espíritu, ha santificado la obediencia. Nada tuvo ya de humillante el título de súbdito, y glorioso fué obedecer á las potestades de la tierra, desde que se dijo á todos los pueblos por la boca del Apóstol: „Todos estan „sometidos á las potestades superiores: por que no „háí autoridad que no venga de Dios, y él es „quien las ha ordenado. Asi pues, el que resiste á „la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. . . . El „Príncipe es el ministro de Dios para el bien. . . . Es „pues necesario que le esteis sometidos, no solo „por el temor del castigo, sino por un deber de „conciencia.” (††)

*Eterna en sus promesas.* ¿Pero cuál es, Señores, la fuerza que sostiene á los discípulos de Jesucristo en la práctica de unos deberes tan penosos, que á

(†) *Math. XX, 26, et seq.*

(††) *Ad Rom. XIII, 1.º et seq.*

no verlos cumplidos con tan absoluta fidelidad, nos veríamos tentados de creerlos incompatibles con la naturaleza humana? Las altas y sublimes promesas. Vengamos pues á esta parte, la mas dulce y consoladora de la verdad de Jesucristo; vengamos á la verdad práctica, al destino de nuestra existencia, á los misterios del sepulcro, á esta esperanza divina que nos desprende de la tierra, que dulcifica todas las amarguras de la vida, que triunfa de la adversidad y trasforma en atractivo á los ojos del verdadero cristiano cuanto habia tenido hasta entonces de triste y desesperado la muerte. Trasladémonos con el espíritu á esa montaña para siempre célebre, lugar de cita para los grandes y los pequeños, desde la cual recuenta sus escogidos el Salvador del mundo, muestra su reino á todas las generaciones y traza la única senda por donde puede llegar el hombre á incorporarse dentro de sus muros eternos. ¿Qué tiene de comun esta felicidad con la que el mundo prometia? Era esta, Señores, una deidad encantada, que inflamaba de continuo los deseos del hombre seducido, é incesantemente burlaba sus locas esperanzas. ¡Infeliz! Quería conciliar la dicha con el crimen y descubrir tras el velo de las pasiones la imágen de la virtud y la paz inefable del corazon.

A vosotros estaba reservada esta ventura, hijos de la tribulacion, desechos del mundo, á vosotros todos, los que no teniais sobre la tierra sino una triste y miserable cabaña, los que anhelabais por la justicia sin embargo de la persecucion, los que disfrutabais la deliciosa paz de una conciencia pura, los que siempre habiais hecho sentir la benigna influencia de una mano amiga en el endurecido pecho de vuestros adversarios.

¡Bendito sea Dios, hermanos míos, que llegó el tiempo de ser sabios sin ser filósofos, de obtener á título de pobreza el reino celestial y encadenar con la mansedumbre del alma todas las potestades de la tierra! *Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los que padecen la persecucion.* Consuélate ya, Madre sin ventura, pues no tienes que mendigar de los hombres un pan de lágrimas, constantemente pedido y desdeñosamente negado. ¡O infelices! subid en multitud á las colinas de Sion, para anunciar vuestro reinado á los ricos de Babilonia: *Bienaventurados los que han hambre: Beati qui esuriunt.* (†)

¡Admirable transformacion! ¿Quién hubiera imaginado que la felicidad estaba en el opuesto rumbo al que los hombres ávidamente recorrían, en el extremo opuesto de las riquezas que todo lo ganan, del poder que todo lo somete, de la guerra que todo lo humilla, de la venganza en fin, colocada por el orgullo en el rango de los nobles sentimientos? ¿Que te resta pues para tocar las cumbres de la dicha, familia inmensa que gimes bajo el insoportable yugo, sino asirte de tu propia desgracia, como de un puerto seguro de salvacion? Hombres de mérito á quienes desconoce la envidia, almas esclarecidas á quienes empaña el inmundo aliento de la calumnia, genios de la caridad á quienes persigue la ingratitud, no temáis: que ya se adelanta desde la diestra de su Padre á enjugar vuestras lágrimas el que interrumpió el llanto del infortunio con este grito de salvacion: *Bienaventurados los que lloran, por que ellos seran consolados: Beati qui lugent, quoniam ipsi consolati-*

(†) *Mat. V, 6.<sup>3</sup>*

*buntur.* (†) Llorad pues, almas escogidas, mas llorad con el consuelo inefable de que vuestro padre celestial recoge en su seno vuestras lágrimas, las purifica, las ennoblece, y objeto son ellas á sus divinos ojos de una eterna predileccion.

¡O verdad! he aqui tus caractéres, he aqui tus triunfos! ¡O soberana razon que todo lo ilustras y todo lo sometes! Te admiro en tu sublime sencillez, te adoro en tu santidad augusta. He aqui, Católicos, una obra maravillosa. ¿Quién podrá elogiarla bastante? ¿Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! El mundo estaba sumergido en las tinieblas: crímenes contaba la historia en sus anales; errores é imposturas, la filosofía en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelían á las sectas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores, y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podia ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado, sino con un soplo de vida semejante al que animó al primer habitante del Paraiso. He aqui la obra de Jesucristo: baja desde la diestra de su Padre, se digna vestirse de nuestra pobre naturaleza, pasa en el humilde retiro doméstico todos los años de su vida privada, sale de aqui á emprender su carrera pública, marcha sobre las huellas de su Precursor, abre sus labios, y la verdad invade al universo, y el entendimiento queda regenerado.

Pero esto no es bastante, Católicos: en la perfeccion eterna de las obras de Dios todo ha de rendir

(†) *Math. V, 5.<sup>o</sup>*

humildes tributos á su gloria: que no desfallezca vuestro corazón ante la severidad de la lei: que si la verdad que la contiene parece superior á la fuerza del hombre; Jesucristo no solo predica, sino que obra; no solo impone el precepto, sino que tambien lo practica; y si sus labios anuncian la verdad, su vida toda es una escuela de perfeccion y un gérmen infinito de virtud.

### SEGUNDA PARTE.

Al recorrer, Señores, la vida de Jesucristo, al ver el doloroso cuadro de sus padecimientos, nuestra razon parece lanzar un grito de extrañeza y no sabe cómo habiendo podido Jesucristo rescatar millares de mundos con la infinita eficacia de un solo sentimiento, quizo pasar por una prueba tan dolorosa, sufrir todas las miserias y fatigas de la triste humanidad y ser combatido al mismo tiempo por la ingratitude, por la envidia, por el zelo hipócrita y la estupenda crueldad de sus enemigos. Mas volviendo un instante sobre nosotros, sondeando, cuanto es posible, nuestra miseria y debilidad, y subiendo al fatal origen de aquellas transgresiones que mas deben confundirnos en la presencia del Señor, comprendemos fácilmente cuánto importaba para nosotros el ejemplo constante que á nuestra santificacion ofrecen los crueles padecimientos del Salvador del mundo. Si este padre de misericordia se hubiera limitado á predicar su evangelio, si hubiera pasado su vida exento de las tribulaciones de la vida humana, si sus

labios no hubieran probado la hiel, si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas, si la perfidia y la ingratitude no hubieran contristado su pecho, si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre, y si la muerte, en fin, no le hubiese cubierto con sus sombras: ¿quién de todos los nacidos hubiera puesto en práctica las verdades austeras de su moral? ¿En qué punto de la tierra hubiera encontrado su ley un asilo? ¿En cuál templo del mundo se hubieran elevado hasta Dios los inciensos de la virtud? Hai una distancia tan inmensa desde el entendimiento hasta el corazón, se halla el alma tan dependiente del imperio de los sentidos, es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan flaca y débil la condicion del hombre, que no habria discurrido mucho tiempo desde la venida de Jesucristo, sin que el mundo hubiera vuelto á naufragar, y la luz del evangelio hubiera corrido entre el pueblo regenerado la misma deplorable suerte que la legislacion de Moises en el pueblo judío, y la lei eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Mas no era esta, Católicos, la suerte que habia señalado Jesucristo á su reino; visible habia de ser, y todos los súbditos que le compusieran habian de tener no solamente verdades que atesorar en su entendimiento, mas tambien dechados perfectísimos de las virtudes que debieran practicar. De esta manera la razon y la voluntad estaban igualmente regeneradas, pues de una misma fuente habian de correr con abundancia infinita las verdades que ilustran, las virtudes que santifican, los remedios que sanan y las gracias en fin, que alimentan el espíritu y sostienen los pasos vacilantes de la criatura por los caminos de su eterno fin. He aqui por qué se hizo hombre Jesucristo: se

humildes tributos á su gloria: que no desfallezca vuestro corazón ante la severidad de la lei: que si la verdad que la contiene parece superior á la fuerza del hombre; Jesucristo no solo predica, sino que obra; no solo impone el precepto, sino que tambien lo practica; y si sus labios anuncian la verdad, su vida toda es una escuela de perfeccion y un gérmen infinito de virtud.

### SEGUNDA PARTE.

Al recorrer, Señores, la vida de Jesucristo, al ver el doloroso cuadro de sus padecimientos, nuestra razon parece lanzar un grito de extrañeza y no sabe cómo habiendo podido Jesucristo rescatar millares de mundos con la infinita eficacia de un solo sentimiento, quizo pasar por una prueba tan dolorosa, sufrir todas las miserias y fatigas de la triste humanidad y ser combatido al mismo tiempo por la ingratitude, por la envidia, por el zelo hipócrita y la estupenda crueldad de sus enemigos. Mas volviendo un instante sobre nosotros, sondeando, cuanto es posible, nuestra miseria y debilidad, y subiendo al fatal origen de aquellas transgresiones que mas deben confundirnos en la presencia del Señor, comprendemos fácilmente cuánto importaba para nosotros el ejemplo constante que á nuestra santificacion ofrecen los crueles padecimientos del Salvador del mundo. Si este padre de misericordia se hubiera limitado á predicar su evangelio, si hubiera pasado su vida exento de las tribulaciones de la vida humana, si sus

labios no hubieran probado la hiel, si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas, si la perfidia y la ingratitude no hubieran contristado su pecho, si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre, y si la muerte, en fin, no le hubiese cubierto con sus sombras: ¿quién de todos los nacidos hubiera puesto en práctica las verdades austeras de su moral? ¿En qué punto de la tierra hubiera encontrado su ley un asilo? ¿En cuál templo del mundo se hubieran elevado hasta Dios los inciensos de la virtud? Hai una distancia tan inmensa desde el entendimiento hasta el corazón, se halla el alma tan dependiente del imperio de los sentidos, es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan flaca y débil la condicion del hombre, que no habria discurrido mucho tiempo desde la venida de Jesucristo, sin que el mundo hubiera vuelto á naufragar, y la luz del evangelio hubiera corrido entre el pueblo regenerado la misma deplorable suerte que la legislacion de Moises en el pueblo judío, y la lei eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Mas no era esta, Católicos, la suerte que habia señalado Jesucristo á su reino; visible habia de ser, y todos los súbditos que le compusieran habian de tener no solamente verdades que atesorar en su entendimiento, mas tambien dechados perfectísimos de las virtudes que debieran practicar. De esta manera la razon y la voluntad estaban igualmente regeneradas, pues de una misma fuente habian de correr con abundancia infinita las verdades que ilustran, las virtudes que santifican, los remedios que sanan y las gracias en fin, que alimentan el espíritu y sostienen los pasos vacilantes de la criatura por los caminos de su eterno fin. He aqui por qué se hizo hombre Jesucristo: se

hizo hombre para ser como nosotros, para experimentar los dolores de la naturaleza humana, para sentir como nosotros todas las penas y vicisitudes de la vida, y saber por experiencia propia, como dice el Profeta Isaías, las enfermedades del hombre: *Scientem infirmitatem.* (†)

Era preciso, hermanos míos, que á causas opuestas correspondieran efectos tambien opuestos, que la inmolacion del orgullo pusiera término á las calamidades inauditas que trajo la soberbia, que Jesucristo eligiese el extremo contrario del que escogió Adán, finalmente, que el que era Dios se hiciera hombre, para contener el torrente infinito de males y miserias que precipitó sobre todas las generaciones aquel mortal, con haber pretendido levantarse desde su esfera de hombre á la condicion excelsa y soberana de un Dios. He aquí Señores, el primer paso de la conducta de Jesucristo, y el fundamento de las virtudes que vino á derramar en la tierra. Este es el tema de su vida, y cada una de sus acciones es un testimonio santo, un ejemplo sublime con que ha querido consagrar la negacion de nosotros mismos en la admiracion de los ángeles y en el culto de los hombres.

*Yo he bajado del cielo, decia, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió* (††)

¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres, á la vista de esta sujecion ilimitada, tendrá razones contra el evangelio, pretextos contra la virtud, excusas finalmentente, para sacudir la cerviz rebelde y arrojar lejos de sí el yugo suave y la carga ligera?

*Niégate á ti mismo: ¿qué respetable y augusto, cuán*

(†) *Is.* 53, v. 3.

(††) *Joann.* 6, 38.

inviolable es este precepto, cuando Jesucristo nos presenta un dechado sublime de la mas perfecta abnegacion, sometiendo su entendimiento y su albedrio á la voluntad eterna de su Padre celestial!

*Niégate á tí mismo.* Esta palabra, hermanos míos, que no se hallaba en ninguna lengua, este precepto que no estaba consignado en ningun código, esta máxima que no se habia manifestado nunca en la doctrina ni en la conducta de ningun sabio; esta palabra que espanta á la naturaleza, desconcierta la razon y hace desesperar al amor propio, esta palabra, digo, que se mira y con razon como el fundamento de las virtudes cristianas, es precisamente la divisa de Jesucristo. ¿Qué de prodigios no ha realizado estrechando suavemente á sus discipulos á imitarle en su abnegacion! ¿Qué grande aparece el verdadero cristiano, y qué contraste no presenta con todos aquellos que mas ardientemente habian aspirado á los homenajes de la virtud! ¡O fecundidad prodigiosa de Jesucristo! El último de sus innumerables hijos, tal vez un labrador ignorado, hace avergonzar á la culta Atenas y á la virtuosa Esparta. Poned, Católicos, junto á un cristiano fiel á cualquiera de aquellos hombres insignes y raros que toda la antigüedad presenta mas á la admiracion que á la imitacion del género humano, como unos dechados perfectísimos de las mas heroicas virtudes. Una vanidad insufrible era en estos últimos la menor de sus debilidades. La posteridad vuelve los ojos hácia aquellos siglos, y se fatiga inútilmente por encontrar en la fastuosa galería de sus sabios y de sus héroes un hombre manso y humilde de corazón. Morirá Sócrates por la verdad, pueblos que no conocen las virtudes llamarán noble el suicidio de Ca-

ton y alabarán con entusiasmo la justicia de Aristides. Pero siglos despues, una posteridad mejor instruida buscará sin fruto la humildad del primero y pondrá en duda la continencia de los segundos. No faltarán panegiristas entusiastas al célebre Trajano; pero la historia le acusará siempre de haber hecho presentarse de una vez diez mil gladiadores en la misma arena, donde condenó Tito á los prisioneros judios á que se degollasen mutuamente.

A vos estaba reservado, Hombre—Dios, dar al mundo virtudes que no poseía, ser con vuestra doctrina y ejemplo el padre de una generacion de santos y hacer caer de los ojos de la posteridad el velo que ocultando ciertos vicios, grangeó á los virtuosos de otras épocas una admiracion y aun cierta especie de culto entre los hombres.

Pero ¿cuál es, hermanos míos, la fuente de estas acciones inmortales que han cubierto de rubor á toda la antigüedad? Convertíos á Jesucristo, y ved en su persona el tesoro infinito de perfeccion que tanto ha enriquecido al nuevo pueblo. ¿Qué virtud hai que no se muestre en su conducta con todos los caractéres mas sublimes? ¿Quién otro que Jesucristo pudo haber dicho jamas: „quién de vosotros me arguirá de pecado?“ ¿Qué momento de su vida no es una leccion de santidad? ¿En cuál paso de su conducta no arrebata dulcemente la admiracion y el culto del universo? Habcis temblado sin duda contemplando la inflexibilidad suma con que propone su doctrina. Pasad ahora de su entendimiento á su corazón. ¿Qué indulgencia tan suave! ¿qué compasion tan atractiva! ¿qué dulzura con el hombre! Miradle, hermanos míos: *no acaba de romper una caña cascada,*

*ni apaga la pavezca que aun humea.* (†) ¡Sublime leccion para confundir ese amargo zelo que condena la fragilidad y hace morir la esperanza!

¿Quién hubiera podido imaginar que Jesucristo habia de ser el primero en consagrar con sus dolores y amarguras la penitencia, patrimonio exclusivo del pecador? Pero ¡ah! ni este la hubiera practicado jamas, ni sus obras de penitencia habrian tenido mérito alguno. *La carne habia corrompido sus caminos:* (†) era pues necesario que los desórdenes de los sentidos tuviesen la misma reparacion que los errores innumerables en que habia precipitado el orgullo al entendimiento. Y qué, ¿podrá volver aquella por sí sola á tomar el antiguo sendero? Ciertamente que por una consecuencia inevitable de la naturaleza corrompida el cuerpo no dejó nunca de arrastrar el incalculable peso de su propia corrupcion y de todos los instrumentos del dolor de la muerte. ¿Pero estas penas eran frutos de penitencia? Era pues necesario, Señores, una humanidad no contaminada que levantase al rango de las virtudes todas las penas de la vida, y un Dios, que unido estrechamente á la naturaleza humana, santificara estas mismas virtudes, dándolas un precio infinito con su ejemplo. He aqui lo que hace Jesucristo: *verifica en su cuerpo aquella espiacion necesaria;* (†) y despues de haber predicado la cruz abre su marcha por sí mismo y anuncia la penitencia con los ejemplos admirables de su vida.

Corre por sus venas la sangre de David; pero

(†) *Is. 42, 3. Math. 12, 20.*

(†) *Gen. 6, 12.*

(†) *La. Menn.*

no quiere aparecer en los palacios; y antes bien, en su nacimiento humilde, en su cuna despreciable parece que no satisfecho con vestirse de nuestra humanidad, quiere anunciarse desde que aparece en el mundo, como el último de los hombres. Nacido en la pobreza, no quiere rehusar una sola de las privaciones innumerables que la acompañan; entrado apenas en la carrera de la vida, deja caer unas gotas de su sangre pura, para dar testimonio á la antigua alianza: mas tarde la derramará toda, para salvar al hombre y sellar el nuevo pacto. Pero entremos, Católicos, entremos ya en su carrera pública y reunamos algunos de los innumerables caracteres de perfeccion que desenvolvía constantemente para formar el corazón de sus escogidos y disponerlos para entrar en el reino de su Padre.

Emprende ya el camino de su mision, y no da el primer paso ántes de haber estado cuarenta dias en el desierto en ayuno continuo, y otorgado el permiso al poder de las tinieblas para que viniese á tentarle. Concluida esta solemne preparacion, empieza su grande obra; elige en persona á sus ministros; mas tomándolos á todos de la clase mas humilde y poniedo á la cabeza de ellos á un pobre pescador que como por acaso descubre en el mar de Galiléa, altamente nos anuncia con su misma conducta, que no entran en sus designios ni la prudencia del sabio, ni el tesoro del rico, ni el valor de los héroes, ni la grandeza y poder de los Monarcas. En todo ha de ser confundida la naturaleza humana, y del mismo caos de donde salió la creacion, el universo atónito verá salir una sabiduria, una fuerza, un poder, que habran de sujetar á todos los pueblos sin mas filosofia que la fe, y sin otras armas que la humillacion, el su-

frimiento y la paciencia de los discípulos de Jesus.

¡O fe divina! ¡O esperanza celestial! He aquí vuestras grandes obras. ¿Quién no pone á vuestros pies los mezquinos partos de la razon humana y las tristes ilusiones del mundo? ¿Quién no se abandona dulcemente en vuestros brazos, cuando anunciáis vuestros títulos sublimes, no solamente en las palabras, mas tambien en la conducta del Hombre-Dios que os ha traído á la tierra? „Oid y creed, morid y esperad”: tal es la orden de Jesucristo. Pero ¿quién ha impuesto este precepto? El mismo, Católicos, que afirmó la fe con sus obras y anunció la esperanza la vispera de caminar á la muerte.

¿Qué diré de su caridad? Está sedienta de dolor: *he deseado con deseo*, dice á sus discípulos, *comer esta pascua con vosotros.* (†) Poseia con una igualdad absoluta las virtudes todas; mas no sé que noble y tierna predileccion hácia la caridad descubro en todas las acciones de su vida. *Pasaba haciendo el bien.* (††) Honra con su presencia la mesa de los publicanos, lleva la salud al abandonado lecho del moribundo, es el amigo de los pobres. Benevolencia, dulzura, amor: he aquí lo único que oponia al corazón manchado y á la voluntad rebelde. *Amigo, ¿á qué veniste?* (\*) he aquí las únicas palabras que su corazón le permite dirigir al bárbaro discípulo que le entrega: una mirada tierna y expresiva: he aquí el único reproche que hace á la infidelidad de Pedro. Sus labios no estuvieron animados por la sonrisa del placer; pero ¿cuántas veces corrió el

(†) *Luc. 22, 15.*

(††) *Act. 10 y. 38.*

(\*) *Math. 26, 50.*

llanto de sus ojos! ¡Ah! simpatizaba con el dolor y la tribulacion, por que vivia entre los hombres y peregrinaba por un valle de lágrimas.

Infinito es su poder, pero nunca lo emplea sino para llevar al cabo los maravillosos designios de su clemencia, de su misericordia y de su bondad. Huye á su voz una turba insolente y desenfrenada, y al instante mismo la muger adúltera respira, vuelve sus ojos á todas partes, y no descubre ya sino al Rei divino que le otorga el perdon mas generoso: multiplica los panes y los peces, y el hambre devoradora abandona luego el recinto que ocupa la prodigiosa multitud: suspende la borrasca que agita espantosamente los mares, y el discípulo escapa de un naufragio que miraba como infalible: detiéndose alguu tanto en el pozo de Samaria, y una muger del pueblo siente llegar á su corazon y va luego á difundir entre los suyos aquella luz divina que trajo la paz y la virtud á la tierra: hace estremecer con su voz á las potestades del infierno, y el hombre queda libre de la posesion tiránica de los demonios: en fin, el sepulcro le obedece, y al instante mismo se agota el manantial de lágrimas que inundaba las mejillas de Marta y de María.

¡O prodigio de fortaleza y de bondad! ¡O profundidad inmensa de misericordia! ¡O caridad, virtud sublime, hasta entónces ignorada! Pero qué, ¿no habia presentado el mundo almas benéficas á la admiracion de los hombres? ¿Antes del evangelio, no habia llegado nunca el opulento á derramar sus tesoros en el seno de la indigencia? ¡Ah! Reconozco en tan raros ejemplos el desprecio de las riquezas, y tambien si se quiere, los nobles impulsos de la beneficencia humana; mas busco inútilmente la

caridad. No basta dejar todas las cosas: es necesario seguir á Jesucristo, es decir, abandonarlas con un espíritu cristiano: por que tal es el carácter distintivo de la verdadera caridad, y lo que es peculiar y exclusivo de los Apóstoles y creyentes. (†) No, Señores, en la balanza de la eterna justicia no haran peso ninguno esas virtudes externas que el mundo admira, pero que no santifican el corazon. ¿Qué habran de ser á los ojos del Altísimo la austeridad presuntuosa del estoico, la clemencia calculada del vencedor, la liberalidad astuta del político? Producciones del interes y aun del egoismo, viles holocaustos que el orgullo se ofrece á si mismo.

Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha: (††) he aqui la máxima de Jesucristo, el sello de las virtudes cristianas. Con este ejemplo tan material ha querido este divino Maestro, no ciertamente privar á los hombres del inestimable bien que produce la publicidad de las virtudes, sino empeñar á cuantos las practican á no mendigar con ellas la recompensa mezquina de las alabanzas humanas, sino á encaminar la intencion y consagrarlo todo al autor soberano de las virtudes. Quiere que „en el público aparezcan nuestras obras con la misma pureza de intencion con que permanecen en el silencio de nuestra voluntad,” como afirma San Gregorio. (\*) Tal es la voluntad de Jesucristo, y por esto se adelanta él á consagrarla con su ejemplo inmortal. Tan pronto en revelar su Omnipotencia, como en sufocar el grito de la admiracion y suspender

(†) Hier. l. 3. in Math. c. 19

(††) Math. VI, 3.º

(\*) Hom. 11. in Ev.

los movimientos del entusiasmo; apenas acaba de realizar un prodigio, cuando dice al mortal venturoso en cuyo beneficio ha empleado su poder: *no lo digais á nadie.*

Esto no impedía sin embargo que el reconocimiento público llevara por todas partes su nombre con los más sinceros homenajes y atrajese de continuo á su persona nuevos pecadores y nuevos necesitados. En estas circunstancias parecía esmerarse Jesucristo en manifestar toda la dulzura de su carácter. El decaimiento de fuerzas, la fatiga, el cansancio, la hambre, la sed, nada le detiene. Se le excita á que coma, cuando acababa de instruir á la Samaritana. *Yo tengo, les dice, un manjar que vosotros no conocéis. . . . . Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado.* (†) ¡Cuántas veces reprendió á sus discípulos, á tiempo que detemian el paso á la multitud atribulada! ¡Os acordais, hermanos míos, de aquella ternura paternal que le inspiró siempre la infancia? *Dejad esos pequeñuelos,* dice á sus discípulos, *dejad que vengan á mis brazos.* (††)

¿Quién al ver tales prodigios de bondad no vuela á incorporarse entre los vasallos de Jesucristo? Sin embargo, Católicos, no le olvideis en aquellas situaciones imponentes, en que severo y revestido de toda la magestad, truena como rayo para confundir las mentidas esperanzas del pecador impenitente, reprimir la osadía temeraria del profanador, y tirar al suelo la máscara insolente del hipócrita. En la Sinagoga confunde la sabiduría presuntuosa de los Doctores; en la Corte prostituida burla la expectativa

(†) *Joann. IV, 32, 34.*

(††) *Math. XIX, 13, 14.*

del magnate, en el palacio de Pilato dice que el hombre no es dueño de su poder, reprime en el desierto la audacia del tentador, lanza ignominiosamente al profano mercader de la casa de su Padre, desoñcierta y postra en Getzemaní á cuantos iban á prenderle. ¡Ejemplo sublime que ha dejado Jesucristo á los que rigen los destinos de las naciones! *Escuchad, grandes de la tierra; instruíos, árbitros del mundo!* (†)

Este carácter de grandeza que tanto se admira en la conducta soberana del Mesías, este imperio sobre las pasiones, esta magestad que anuncia por todas partes al Hombre—Dios, ¿cómo contrasta con la escena tiernísima del Cenáculo? Yo me traslado, Señores, con la imaginación á la noche para siempre memorable, en que la Divinidad resuelve quedarse entre los hombres, en que el Redentor del mundo celebra *el grande y eterno testamento* con la institución augusta de la Eucaristía: ¿qué descubren allí mis ojos? ¡O abismo de bondad! ó misterios impenetrables del amor divino! Es preciso dar tregua al llanto para escuchar las instrucciones que el buen Maestro dirige á sus discípulos la víspera de su pasión. ¡Qué afectos tan bien sentidos! ¡Qué idioma tan insinuante y tan dulce! ¡Qué concordia tan feliz de la magestad y la ternura! *Hijos míos,* dice á los Apóstoles, *dentro de poco no me vereis; . . . . mas no se turbe con esto vuestro corazón: . . . . no os dejo huérfanos, volveré á estar con vosotros: . . . . en la casa de mi padre hai muchas mansiones, voi pues á preparar allí lugar para vosotros.* (††) ¡O palabras de vida eterna! ¡Qué imperio tan dulce no

(†) *Ps. II, v. 10.*

(††) *Joann. XIV, 1, 2, 18.*

ejerceis en el corazón! Si de aquí pasamos, Católicos, á contemplar las acciones que Jesus verifica en el Cenáculo, nuestra alma queda absorta, y ha menester de una fuerza que la sostenga en presencia de una institucion como la del Sacramento de su cuerpo y sangre. Mas permitidme que os detenga un momento en un cuadro, donde el Hombre—Dios descarga el último golpe sobre la soberbia humana. Jesucristo *se levanta de la mesa, se ciñe de una toalla, echa agua en una fuente, dobla su rodilla, inclina su frente, lava y enjuga los piés á sus discípulos. . . .* (†) ¡Espectáculo augusto de la humildad, el cielo respetuoso te contempla, la tierra atónita te admira!

Basta, Señor, deteneos: ¿el orgullo del hombre no está ya sobradamente espiado y confundido? . . . Católicos, hai todavía mucha distancia desde el Cenáculo hasta el Gólgota; y el amor infinito del Redentor del mundo no quedará satisfecho hasta no morir por los hombres y dar la última consumacion á su grande y augusto sacrificio. Se acerca, pues, el instante postrero en que van á tener su perfeccion y complemento los oráculos, las figuras, el sacerdocio y la lei; en que la sangre del justo, llevando al cabo el eterno designio que meditaba desde el seno de su Padre celestial, va por último á estrechar para siempre y con un vínculo infinito la prometida y suspirada alianza entre Dios y los hombres. Es llegado el momento de partir para Jerusalem: la última pascua está ya celebrada: el Redentor del mundo emprende ya su camino, pasa el torrente Cedron y penetra en el bosque de las Olivas. . . . El sacrificio está aceptado: el Hijo del hombre va á morir. . . .

(†) Joann. XIII, 4, et 5.

Poder de las tinieblas, sonó ya tu hora! La señal está dada, no con el ósculo del discípulo traidor, sino con la ofrenda sublime que acaba de hacer al Eterno Padre la víctima sin mancha. Llegad pues á consumir vuestro crimen, Pontífice ambicioso, ministros infames; mas abatid primero la orgullosa frente delante de vuestro Rei. No hareis vuestra voluntad contra la suya. Padece, por que lo ha querido así. Prendedle pues, mas aguardad que os lo mande.

¿Qué imaginacion podrá seguir desde aquí los pasos de Jesucristo? ¿Qué dolor podrá representar sus tormentos? En un intervalo bien corto ha visto aparecer contra sí todos los crímenes, sufrido el embate cruel de todas las pasiones, agotado los innumerables recursos de la tiranía, sentido el inmenso peso de toda la crueldad. No han pasado mas que algunas horas, y durante este reducido intervalo, ¿qué de ultrajes no ha sufrido esta víctima inocente! Un discípulo le entrega, reniega otro de su nombre, y todos generalmente le abandonan. Solo, en medio de sus verdugos, no tiene ya con quien partir sus dolores y sus penas. Un Pontífice aconseja su muerte, un cobarde satélite de una corte corrompida le dispensa una compasion peor todavía que el último suplicio: azotes, salivas, golpes crueles, sacrilegas burlas, comparaciones humillantes; la caña de ignominia, la púrpura de mofa, la corona de sangre, el insulto añadido al tormento, la rabia frenética mezclada con la insolente risa, el grito de crucifixion, el sendero que se abre desde el Pretorio al patíbulo, el madero que oprime sus delicados hombros, las peñas que retardan y afligen su dolorosa marcha, la montaña que se eleva como el altar del sacrificio. . . . ¿Donde está el entendimiento capaz de

comprenderlo todo? ¿Donde está el corazón que pueda sentirlo todo? ¿Donde la palabra que baste á expresarlo todo? ¡Ay, hermanos míos! el cuadro de la Pasión asunto es que hace desfallecer la elocuencia mas animada, y parece que el orador cristiano participa en estos lances del trastorno de la naturaleza.

Hemos llegado por fin al Calvario. Preséntase Jesucristo clavado sobre la cruz á la vista del cielo y de la tierra; pronuncia sus últimas palabras, bebe ya las heces del doloroso cáliz, explica en fin su amor de la manera mas sublime. Esa sed insaciable que le devora, (†) símbolo es del amor infinito que tiene á su pueblo, esa plegaria que sale de sus labios y desarma el brazo de la justicia eterna, es una solemne invitación de la misericordia al arrepentimiento. (\*) Su madre es nuestra madre, (‡) Jesucristo va delante de los que se lloran desamparados, y la tribulación queda santificada. (††) Todo avanza á su fin. Aproxímase ya el desenlace de esta escena misteriosa. Abrense por la última vez los labios de la víctima.... ¿Qué va á decir? Venid, ó pueblos, en multitud, ocupad todas las colinas y todos los valles, cercad esa montaña, mirad esa víctima: que escuchen los cielos y la tierra. Jesús abre sus labios por la última vez: ¿qué va á decir? Atended: no perdáis un solo acento: es la palabra salvadora que sanciona la libertad del mundo, el omnipotente grito que hace estremecer los infiernos y abrirse

(†) *Sitio. Joann. XIX, 28.*

(\*) *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. Luc. XXIII, 34.*

(‡) *Mulier, ecce filius tuus, &c. Joann. ibi. v. 26, 27.*

(††) *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Math. XXVII, 46.*

par en par á las generaciones las puertas de la inmortalidad. Escuchad pues, hermanos míos: Jesucristo va á hablar....

CONSUMATUM EST. (\*\*)

*Todo está consumado.*

Si, Católicos, todo está consumado: la naturaleza que se trastorna, el pueblo que gime en la mas triste consternación, el sol que niega su luz al universo, el choque repentino de todos los elementos, el orbe que vacila, los sepulcros que restituyen sus despojos, el velo del antiguo templo que se rompe, son otros tantos ecos sublimes que parecen repetir esta palabra del Salvador: *consumatum est*: todo está consumado.

Jesucristo no trajo á la tierra mas designio que redimir al género humano, regenerar al hombre en la verdad y en la virtud. Todo lo ha establecido ya, y desde que mira su obra consumada, no quiere vivir un instante mas. Anuncia pues el término de su misión divina, é inmediatamente encomienda su espíritu al Eterno Padre, inclina su cabeza....

Ha muerto el Redentor del género humano; mas en esta muerte, Católicos, cuyos caracteres singulares y únicos nos han hecho descubrir á la Divinidad por entre los dolores, tormentos y humillaciones que rodean á la víctima del Calvario; en esta muerte donde acaban sus tormentos, empiezan sus victorias; en esta muerte veo destruido el trono de la muerte, roto y deshecho el viejo hereditario yugo que oprimía desde cuatro mil años atras la cerviz abyecta de inu-

(\*) *Joann. XIX, 30.*

merables generaciones. Todo cambia en el mundo moral; las costumbres, la política, las instituciones, la filosofía. Esa palabra de consumacion pronunciada por Jesucristo es un nuevo *fiat* que saca por segunda vez al mundo de la nada. Esa montaña es el cimiento de la ciudad eterna, esa cruz un estandarte glorioso que dará vuelta al mundo y reunirá por fin á todas las generaciones. El sepulcro del hombre es el término de todas las grandezas humanas; la tumba del Mesías será el punto desde donde empiece á levantarse magestuosamente su gloria. Tal debe ser, Católicos, el fruto de su predicacion, de su vida y de su muerte. No basta pues haberle visto renovar el entendimiento humano con el anuncio de su eterna verdad, y ofrecer á la imitacion de los presentes y futuros siglos el mas cumplido modelo de todas las grandes virtudes: es preciso ojear un tanto la historia de su cruz, entrar en el nuevo reino y ver levantarse los eternos muros de su Iglesia sobre las ruinas del paganismo.

### TERCERA PARTE.

Imaginaban los judíos haberse asegurado contra todo temor al consumar su crimen, y creyeron los gentiles que abandonando al público desprecio el misterio de la cruz, caería mui pronto el influjo de este grande acontecimiento que miraban ellos con los ojos de su vanidad, como un extraño delirio. ¿Pero qué sucedió? Apenas reciben el Espíritu Santo los Apóstoles, y ya comienzan á sorprender al mundo con el número prodigioso y la celeridad de sus conquistas.

Corre cada uno de los enviados á llenar su mision, y ya desde aquí no se ve otra cosa por todas partes, que una serie continua de prodigios. Nada puede contra ellos, ni el hombre ni la naturaleza: bajo sus piés se aplanan las montañas y las colinas, el mar parece inmóvil: ábrense las puertas de las opulentas ciudades; y estos hombres sin mas armas ni riquezas que la cruz del Salvador, todo lo conquistan con la palabra evangélica, por donde quiera se les rinden los gentiles y los judíos, por todas partes repiten los ecos el nombre del Crucificado. Treinta años apenas han discurrido, y ya casi no hai una ciudad en el universo, donde no tremole con magestad la bandera del cristianismo.

Alarmóse con harto fundamento, Señores, el corazón de todos los enemigos de Jesucristo, cuando conocieron toda la realidad de un poder que tan solemne y gloriosamente se habia ya manifestado. Desapareció la burlona sonrisa de los labios del gentil, y cayó la esperanza del pecho del judío. *Braman entónces á impulsos de un rabioso furor todas las naciones; los pueblos meditan fútiles y ridículos proyectos; se paran erguidos los reyes todos, y los príncipes se congregan á una contra el Señor y contra su Cristo. „Hagamos caer á pedazos, decian, las cadenas con que pretenden aprisionarnos, arrojemos léjos de nosotros el yugo vil que intentan imponernos.”* (†) He aquí, Señores, el centro de todos los votos y el toque de guerra que se iba muy en breve á suscitar contra el cristianismo.

Estaba escrito que la Iglesia de Jesucristo no dejaría nunca de tener cruces perseguidores: él mismo

(†) *Ps. II, 1, 2, 3.*

merables generaciones. Todo cambia en el mundo moral; las costumbres, la política, las instituciones, la filosofía. Esa palabra de consumación pronunciada por Jesucristo es un nuevo *fiat* que saca por segunda vez al mundo de la nada. Esa montaña es el cimiento de la ciudad eterna, esa cruz un estandarte glorioso que dará vuelta al mundo y reunirá por fin á todas las generaciones. El sepulcro del hombre es el término de todas las grandezas humanas; la tumba del Mesías será el punto desde donde empiece á levantarse magestuosamente su gloria. Tal debe ser, Católicos, el fruto de su predicación, de su vida y de su muerte. No basta pues haberle visto renovar el entendimiento humano con el anuncio de su eterna verdad, y ofrecer á la imitación de los presentes y futuros siglos el mas cumplido modelo de todas las grandes virtudes: es preciso ojear un tanto la historia de su cruz, entrar en el nuevo reino y ver levantarse los eternos muros de su Iglesia sobre las ruinas del paganismo.

### TERCERA PARTE.

Imaginaban los judíos haberse asegurado contra todo temor al consumar su crimen, y creyeron los gentiles que abandonando al público desprecio el misterio de la cruz, caería mui pronto el influjo de este grande acontecimiento que miraban ellos con los ojos de su vanidad, como un extraño delirio. ¿Pero qué sucedió? Apenas reciben el Espíritu Santo los Apóstoles, y ya comienzan á sorprender al mundo con el número prodigioso y la celeridad de sus conquistas.

Corre cada uno de los enviados á llenar su misión, y ya desde aquí no se ve otra cosa por todas partes, que una serie continua de prodigios. Nada puede contra ellos, ni el hombre ni la naturaleza: bajo sus piés se aplanan las montañas y las colinas, el mar parece inmóvil: ábrense las puertas de las opulentas ciudades; y estos hombres sin mas armas ni riquezas que la cruz del Salvador, todo lo conquistan con la palabra evangélica, por donde quiera se les rinden los gentiles y los judíos, por todas partes repiten los ecos el nombre del Crucificado. Treinta años apenas han discurrido, y ya casi no hai una ciudad en el universo, donde no tremole con magestad la bandera del cristianismo.

Alarmóse con harto fundamento, Señores, el corazón de todos los enemigos de Jesucristo, cuando conocieron toda la realidad de un poder que tan solemne y gloriosamente se habia ya manifestado. Desapareció la burlona sonrisa de los labios del gentil, y cayó la esperanza del pecho del judío. *Braman entónces á impulsos de un rabioso furor todas las naciones; los pueblos meditan fútiles y ridículos proyectos; se paran erguidos los reyes todos, y los príncipes se congregan á una contra el Señor y contra su Cristo. „Hagamos caer á pedazos, decían, las cadenas con que pretenden aprisionarnos, arrojemos léjos de nosotros el yugo vil que intentan imponernos.”* (†) He aquí, Señores, el centro de todos los votos y el toque de guerra que se iba muy en breve á suscitar contra el cristianismo.

Estaba escrito que la Iglesia de Jesucristo no dejaría nunca de tener cruces perseguidores: él mismo

(†) *Ps. II, 1, 2, 3.*

lo anunció á sus Apóstoles en la noche de la cena, de una manera tan precisa, que pueden reconocerse allí fielmente caracterizados todos los enemigos de su reino; pero tambien estaba dicho que este habia de sostenerse con gloria, que habia de triunfar siempre, que habian de ser inútiles todos los embates, que la Iglesia estaba fundada sobre una roca inexpugnable y que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno. (†) Esta perpetuidad, estos triunfos incesantes, esta accion poderosa y nunca interrumpida: he aquí, Señores, un monumento inmortal que Jesucristo ha levantado á su gloria. Ella resplandece igualmente en la inutilidad con que la Iglesia es combatida y en las penas terribles con que sus enemigos son castigados. Tal debe ser nuestra marcha, cuando repasamos las glorias de Jesus en los triunfos de su Iglesia.

¿Y quiénes son los enemigos que la persiguen? El gentilismo con la muerte, la heregia con el error, la prostitucion con los vicios, y la filosofia con todo género de armas. Mas ella triunfa de los primeros con la constancia de sus Mártires; de la segunda, con la autoridad infalible de sus decisiones; de la tercera, con las virtudes heroicas de sus Confesores; y de la última, con todo género de victorias.

*El gentilismo la persigue con la muerte.* A la vista de una sociedad rápida y prodigiosamente multiplicada y extendida sin embargo de proponer misterios incomprensibles á la razon, y leyes austeras á la voluntad, la rabia se apodera del corazon de los príncipes, que desde la altura del trono arman á millares los brazos de los gentiles para estirpar de la tierra la sociedad santa que acababa de fundar Jesu-

(†) *Math. XVI, 18.*

cristo con su muerte. Odio al Evangelio, fuego y sangre á los miembros de la Iglesia: he aquí el primer legado que se transmiten unos á otros aquellos monstruos, que para oprobio de la humanidad, rigieron en la sucesion de algunos siglos el destino de los pueblos. Circula por su corazon el veneno hereditario, y á pesar de las diferencias innumerables que caracterizaban el reinado de cada uno, todos ellos seguian uniformes el camino de persecucion, abierto por la mano de aquel monarca, que pareció nacido para hacer estremecer á todo el género humano. ¿Quién pintará, Señores, el horrible cuadro de aquella inicua persecucion que sufrió por tan largo espacio de tiempo la innumerable familia que habia reunido á su redor la cruz de Jesucristo? Perseguidos como bestias feroces, los suplicios ordinarios parecian en extremo dulces para unos hombres universalmente vistos, como los enemigos de los Dioses y de la Patria. „Se nos decapita, decia el mártir San Justino, se nos clava en cruces, se nos expone á las fieras, se nos atormenta con las cadenas, con el fuego, con todos los suplicios mas crueles.” (\*) „El hásta, añade San Cipriano, la cuchilla, el verdugo, todo está dispuesto: el garfio arrancando la carne, el potro levantado, la hoguera encendida, y para el cuerpo de un solo hombre se apresta mayor número de suplicios que el de los miembros de que consta.” (†) El hijo se revuelve moribundo en la sangre de su padre, el hacha del verdugo no perdona ni al sexo tímido ni á la edad temprana. Ni los instintos de la naturaleza, ni los clamores de la humanidad, ni las conexiones

(\*) *Dial. cum Triph.*

(†) *Ad. Donat. pag. 21 ed. de Paris (1843)*

mas dulces de la vida, son parte á detener el ímpetu furioso de esta horrible persecucion. Multiplíquense los cadalsos con los edictos de los Césares: cada emperador pretende señalar su advenimiento al trono con los excesos inauditos de nuevas crueldades. Desde Neron hasta Dioclesiano se mantiene fresca la sangre que inunda las calles y las plazas públicas; „por siglos „es necesario contar los padecimientos de la Iglesia, „y durante el curso de trescientos años no podemos „seguirla sino por las huellas sangrientas de sus Mártires” (†)

¿Mas cuáles fueron, decidme, cuáles fueron por último los resultados de esta larga y sostenida persecucion? ¿No habian imaginado sus autores triunfar del Evangelio y reducir á polvo el suave yugo de Jesucristo? ¿No llevaron algunos el frenesí hasta el extremo de afirmar que habian extinguido el nombre de los cristianos, desde el Oriente hasta el Occidente, y abolido en todos los pueblos la religion de Jesucristo? (\*) ¡Insensatos! Desde lo alto de su trono *el que reina en los cielos se reía de estos sangrientos desvarios, se burlaba, como lo tenía prometido, de sus empresas locas y de sus nombres vanos.* (††)

Para confundir y anonadar el poder de los perseguidores, no necesitaba por cierto de ocupar con legiones armadas el vasto campo que abarcaba su imperio: quiso triunfar de lo mas fuerte con lo mas débil, y para llevar al cabo esta empresa divina, le bastó prodigar al corazon de las víctimas aquella fortaleza espiritual que no teme la muerte. ¡Qué espectáculo

(†) *Bullet, Estab. del Crist. pag. 62.*

(\*) *Guill. Bibl. t. 1.º. Persec.*

(††) *Ps. II, 4.*

el de un mártir al tiempo de espirar! Camina á la muerte sin la presuncion del orgullo, sin el terror de la debilidad: la virtud le precede, la gloria le sigue: sube al patíbulo con ademan tranquilo y con una especie de serenidad que no pertenece á la tierra: no insulta á su verdugo; alaba á Jesucristo: ve llegar la muerte, y la saluda con el himno de la victoria: no es un hombre que espira, es un navegante que ha sufrido todos los embates de los vientos, ve descollar las cumbres queridas de la patria y toca por fin en el puerto suspirado. La serenidad de su rostro es una visible prueba de la inmortalidad de su alma; la constancia con que resiste es la imágen mas viva de su fe; el deseo que tiene de morir es un troféo sublime de la caridad. A la vista de un ejemplo tan heroico, de una magnanimidad que el mundo no conocia, de este predominio sobre la tribulacion y la muerte, el mundo todo se convence de que los destinos de este nuevo pueblo no penderán jamas de la voluntad poderosa de los reyes. Llegando á este punto, hermanos míos, una perspectiva enteramente nueva arrebató las miradas de mi alma. Veo triunfar la causa de Jesucristo: veo que las victorias suceden á las victorias, que la misma tiranía sirve á los designios del Señor, que los límites del nuevo reino se van retirando á medida que se irrita y enfurece el genio de la crueldad. Cada nueva víctima da nuevos atletas, *la sangre de los mártires es una semilla de justos,* (†) y su constancia en padecer riñe por fin el brazo de los tiranos. Sonó pues la hora que habia de poner dique á este torrente de sangre; la Iglesia domina ya en todos los pueblos, es poseedora única de

(†) *Tert.*

todos los homenajes; por todas partes escucha las santas aclamaciones de su victoria, goza de una paz que espontáneamente le otorgan la convicción y la gratitud, levanta su frente augusta delante del universo, „apoya uno de sus brazos en la cruz del Salvador, y descansa con el otro sobre el cetro tutelar de Constantino.” (†)

Pero qué, ¿nuevas nubes no vendrán á eclipsar estos días de santo regocijo? Católicos, los enemigos de Jesucristo, siempre tenaces, no descanzarán jamás. A los embates de la crueldad inutilizados, seguirán los golpes ménos sangrientos pero mas terribles del error y de la seducción. A la sombra de un reinado pacífico nace y maquina incesantemente el genio de la heregía; dirige sus miradas sacrílegas hácia todos los muros de la Iglesia, para minar paulatinamente sus cimientos; asecha á los incautos tendiéndoles una mano amiga; reúne de todas partes prosélitos, y no pasa mucho tiempo sin que elame contra los dogmas y amenace á la creencia universal. Manés ataca la Unidad de Dios; Arrio la Divinidad de Jesucristo; Macedonio la del Espíritu Santo, Pelagio la Gracia, Nestorio y Eutiquio la Encarnación augusta y la Maternidad divina. ¿Cómo enumerar, Señores, aquella multitud prodigiosa de prosélitos que reunieron bien pronto estos caudillos para dispersarlos al punto por todo el territorio cristiano? ¿Cómo pintar la efervescencia que agitaba por todas partes á los hombres? ¿Cómo bosquejar aquí el cuadro lastimoso de aquellos cismas que hicieron derramar tantas lágrimas á la Esposa de Jesucristo. Escriben, hablan, obran con increíble actividad los falsos profetas y los mentidos sabios;

(†) Maury. Paneg. de S. Ag.

corren de todas y por todas partes nuevas y contradictorias doctrinas: los fieles huyen amedrentados, la Iglesia tiembla por la suerte de sus hijos, y volviendo atrás una mirada parece lamentarse de que ya no exista la sangrienta persecución y „echar ménos con sentimiento amargo el hacha de sus antiguos verdugos.” (†)

¿Cuál será la suerte de esta Esposa querida? No temáis: la cruz de Jesucristo triunfa con la misma soberanía en el patíbulo de los mártires y en el campo de la controversia. Reúnanse los pastores á la voz de la Iglesia, y del centro de aquellas augustas asambleas se lanza el rayo divino que postra y anonada la turba de los hereges. ¿Quién puede recordar sin entusiasmo los nombres venerables y gloriosos de Nicéa, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, Letran y Trento? Estos nombres están unidos á las memorias de aquellos consejos augustos de la cristiandad, reunidos á la voz del Pontífice Supremo con el doble fin de ilustrar al creyente con la antorcha de la fe y herir al herejarca con el anatema de la autoridad infalible. ¿Qué recuerdos excitan en vuestras almas, Católicos, las costas desiertas de la Africa? ¡Ah! Se animarán constantemente á nuestra vista aquellos sitios tan fecundos en recuerdos, „donde las asambleas de los Obispos eran tan numerosas como los concilios generales,” (††) y donde el monstruo de la heregía cayó reducido á polvo á los piés de Agustin.

De este modo, Católicos, veo resplandecer en la Iglesia del Señor aquella sabiduría que subyuga á la inteligencia y domina sin cesar en medio de todos

(†) Maury.

(††) Fen.

los ataques que dirige contra ella el espíritu de error. Si este se agita con un movimiento que parece perdurable, la Iglesia resiste con inflexible constancia; si la heregia combate, la Iglesia triunfa; si el infierno vomita sus monstruos, la Iglesia cria sus atletas; si las sectas murmuran, los concilios truenan; si el cisma se insinúa, el Vicario de Jesucristo se mantiene firme en la silla de Pedro: finalmente, si los caudillos de tantas doctrinas perversas hacen cundir un ruido sordo de impiedad por todas partes, la Iglesia se reviste de una magestad imponente, juzga sin apelacion, habla por fin, y su victoria se anuncia con el silencio del universo.

Y ¿qué consiguió, decidme, qué consiguió la inmoralidad con todas las redes que tendia á la inocencia? Servir, Señores, de una sombra que hizo resplandecer mas y mas la imagen celestial de la virtud. Huyen los justos á los sitios mas ignorados, crece incesantemente el culto santo de la castidad, la perfeccion evangélica multiplica sin cesar los mas ilustres ejemplos, las Vírgenes y los Confesores brillan por todas partes, *el desierto mismo florece con sus solitarios.* (†) No hay un rincon de la tierra donde no habiten estos ángeles de paz: desde las cortes hasta las aldeas se difunde el fuego de la caridad y donde quiera se exhala el delicioso perfume de la virtudes. El alma se siente conmovida, cuando registra la historia, sube al origen de las instituciones monásticas y descubre allí tantos y tan diversos caracteres de santidad; cuando mira al hombre tan superior á la naturaleza humana; cuando le ve inmolar en las aras de la religion todos los placeres de la carne y de la

(†) Fen.

sangre, todos los prestigios del poder, toda la magnificencia y esplendor de la prosperidad, las voces halagüeñas de la fama, las ilusiones risueñas de la vida y todas las promesas y todas las esperanzas del siglo.

¿Quién hubiera podido imaginar, hermanos míos, que despues de tantos combates inútiles, despues de tantos y tan bellos triunfos como habia obtenido la cruz de Jesucristo sobre los perseguidores crueles y los heresiarcas corrompidos que trabajaban infatigables por estirpar la Iglesia, habrian de abrirse otra vez las puertas del abismo para vomitar nuevos monstruos y suscitar nuevas y mas empeñadas persecuciones? Pero ¡ay! no está léjos de nosotros ese siglo fatal, en que vivieron á reunirse el odio de todos los siglos, los errores de todas las épocas, la corrupcion de todos los tiempos, ese siglo ateo que dejó muy atras en impiedad y prostitucion aun á las épocas mas infames del paganismo. La filosofía, Señores, en el último siglo se erige en árbitro supremo, se arma con la pluma y la espada, y despliega una prodigiosa energia para destruir á un golpe todas las creencias y todas las instituciones. El corazon corrompe al entendimiento; y á un impulso son combatidos los dogmas de la fe, las máximas de la moral y los principios de la política. Ya no se trata de combatir un dogma particular; es preciso borrar todas las creencias, arruinar todos los templos, sumergir en el caos todas las verdades, borrar hasta las últimas memorias del culto y sus ministros. Desde la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, hasta las mas lejanas consecuencias de la moral cristiana, todo se contradice con aulacia, todo se ataca y persigue con furor. Desumbran al pueblo con máximas seductoras de política para descargar un golpe seguro sobre las antiguas

instituciones: se le dice al hombre que es material para que vea sin espanto al ídolo de la Razon, usurpar el tabernáculo del Dios vivo. La incredulidad no consiente ni aun las mas lejanas memorias: hórrase la era de Jesucristo, sustituyen las fiestas revolucionarias á las solemnidades religiosas, los nombres de los bratos y de las plantas á los nombres de los santos; y ya desde entónces, las Iglesias que no fueron demolidas, quedaron para servir de teatro á las mas inicuas profanaciones.

¿Qué crimen, Señores, no tuvo entónces sus héroes, qué sitio no fué testigo de los mas terribles atentados? Levántase el patíbulo del Monarca; y de él brota el manantial de sangre que habia de inundar á la patria de San Luis. Mirase la Iglesia despojada de su patrimonio; y muy pronto perecen á millares sus ministros. ¡Triste cuadro, Católicos! „El órden social destruido, la rebelion abriendo brecha á la anarquía, la anarquía, mil veces peor que el despotismo, sedienta siempre de sangre, buscando sin tregua nuevas víctimas que devorar; los establecimientos mas útiles, obras preciosas de siglos de experiencia, destruidos en un solo instante de delirio; los monumentos mas gloriosos desmoronándose por donde quiera, las piedras de los sepuleros despadazadas, y arrojadas al viento las cenizas de los muertos: la probidad, el honor, con las virtudes y los talentos, con el nacimiento y la fortuna, indeleblemente escritos en el gran registro de las públicas proseripciones; la Francia en fin, trasformada repentinamente en un vasto cadalso, donde la sangre no deja de correr.” (†)

Entre tanto, Señores, la Iglesia de Jesucristo

(†) *Mac-carthy.*

aparece con igual esplendor. Nuevos mártires la glorifican, nuevos defensores se levantan y hacen avergonzar á la filosofia; la religion cristiana vuelve á reunir á su rededor cuanto hai de mas ilustre y mas grande; el genio se humilla en su presencia; la poesia la pide sus tesoros y las mismas ciencias la ofrecen los mas humildes homenages. ¿Dónde están los trofeos á que aspiraba la soberbia incredulidad? ¿Dónde los monumentos erigidos por la admiracion á sus triunfos? ¿Dónde los orgullosos genios que se atrevieron contra la sabiduria de la Iglesia? ¿Dónde los escrutadores curiosos de la ciencia mundana? ¿Dónde aquellos insensatos que habian imaginado triunfar de la palabra eterna y arrancar del corazon las esperanzas del cielo? *¿Ubi sapiens? Ubi scriba?* (†) *Yo confundiré la sabiduria del sabio, yo reprobaré la prudencia del prudente,* (††) ha dicho el Señor, y esta palabra es infalible.

Pero no basta, Señores, no basta ver inutilizados los esfuerzos del gentilismo, de la heregía, de la inmoralidad y de la filosofia: es preciso volver atras la vista y preguntar á la historia, cuál ha sido la suerte de los hombres y de los pueblos que se han revelado contra la cruz.

La gloria de Jesucristo resplandece igualmente en las penas terribles con que son castigados los enemigos de su Iglesia. En vano busca la filosofia causas desconocidas para explicar el secreto de tantas revoluciones: una mano invisible dirige siempre el curso de los acontecimientos humanos, y parece que no hay entre ellos uno solo, que no entre á la parte con Dios

(†) *1.ª Ad. Cor. I, 20.*

(†) *Ibid. 19.*

en los destinos de su Iglesia. Abrid, Señores, las páginas de la historia: ¿qué reflexiones hacéis, al descubrir allí el triste destino de tantos reyes y de tantos pueblos?

¿Quién ignora el trágico fin de los Neronés, Domicianos, Decios, Julianos y tantos otros? El alma se estremece al ver la rabia con que espira un Galerio-Maximiliano, inventor de tantos tormentos. Vedle, Señores, devorado por los gusanos que salen de sus entrañas. Ved á ese Maximiano-Daya, todavía mas atroz, que no teniendo ya contra quien convertir su rabia, entra en un delirio espantoso producido por el veneno que toma él propio para acelerar su muerte: vedle rabioso por un fuego que le consume, y exhalando por fin su alma feroz entre los alaridos de rabia y desesperacion. (†) Cuando veo, Señores, á estos que disponian del mundo, abandonados á sí mismos, consumidos por el puñal del remordimiento, presa de los dolores mas crueles, arrastrarse á morir, como un reptil miserable, desprovistos hasta del último recurso humano; cuando los veo espirar, maldiciendo su destino, entre los clamores de una desesperacion inútil, abandonados de Dios y de los hombres; cuando los veo por fin, bajar al sepulcro, sin que caiga una lágrima siquiera sobre sus tristes restos, mi alma se estremece y confunde, admira en estos accidentes fatales el esplendor de la justicia eterna, y reconoce aquella *vara de hierro*, que el Padre puso en las manos de Jesucristo, para que rigiese á los monarcas rebeldes, y *desbaratase, como un vaso de tierra* (†) á los perseguidores de su Iglesia.

(†) *Mac-carthy.*

(†) *Ps. II, 9.*

Y ¿qué diré de los pueblos que no quisieron reconocer á Jesucristo, y de aquellos que despues de haber recibido su evangelio, tuvieron la desgracia de abandonarle? Millares de judíos quedan sepultados bajo las ruinas de Jerusalem, y los muros del antiguo pueblo desaparecen bajo los brazos fuertes de Tito y Vespasiano. Acabó desde entónces la nacion judía, y para oprobio de su deicidio, vagan errantes aún sus miserables restos al cabo de diez y ocho siglos, sin patria, sin hogar, universalmente despreciados; y no parece sino que la ira del cielo está destilando gota á gota, con el fin de prolongar por toda la duracion del mundo los tormentos de este pueblo degenerado.

De las regiones salvages é inaccesibles del Norte brota una multitud inmensa que invade el Capitolio y hace caer el imperio de la ciudad eterna. No son estos acontecimientos casuales. Asi será tratada, dice San Juan, *la ciudad que reina sobre los reyes de la tierra*, (†) la ciudad levantada sobre *siete colinas*, (\*) por que es la madre de las abominaciones, y está *embriagada con la sangre de los Santos y los Mártires de Jesus*. (††)

Despues de haber presenciado la destruccion de la antigua Roma, volved los ojos, hermanos míos, á esa muchedumbre de pueblos, que despues de haber militado gloriosamente bajo la enseña del Calvario, volvieron sus espaldas á la cruz. Visitad con la imaginacion esas comarcas numerosas del Asia, que fueron otro tiempo los bellos timbres de la Iglesia y el ornamento de la Religion. Efesso, Antioquia, Cesaréa,

(†) *Ap. XVII, 18.*

(\*) *Ib. v. 9.*

(††) *Ib. v. 6.*

Nicomedia, en vuestro seno vinieron á reunirse en una época todas las acciones inmortales de la virtud y todas las producciones magníficas de la sabiduría: al fecundo calor del Evangelio florecieron entre vosotras, no solamente las costumbres mas puras, sino tambien los talentos mas ilustres, las ciencias y las artes. ¿Dónde están ahora aquellos dechados perfectos de virtud, tantos caracteres de santidad, tantas obras insigues que presentabais á la admiracion del universo? ¿Qué hicisteis de la inmensa gloria que os legaron con su nombre los Basilio, los Gregorios y los Crisóstomos? Mas apartad, Católicos, vuestra vista de la Asia, fijadla por un instante en la extremidad de la Europa; visitad esos nuevos pueblos: ¿dónde está la ciudad de Constantino? ¿No es esta la magnífica, la culta, la sabia ciudad, que mereció en otro siglo los gloriosos renombres de nueva Roma y de segunda Atenas? Dejad la Europa, penetrad en la Africa, recorred esos otros pueblos que fueron la cuna de los Atanasios, Cirilos y Tertulianos, donde la sabia Grecia, animada otra vez con un soplo de vida que le comunicó el Evangelio, revivió toda y santamente depurada del contagio del paganismo, en la célebre escuela de Alejandria, y donde los Ciprianos y Agustinos dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona. ¿Qué fué, vuelvo á preguntar, qué fué de estas ciudades famosas, de su opulencia y de su gloria? Yo no veo, Señores, sino campos desiertos, ó pueblos embrutecidos, envueltos en las tinieblas de la ignorancia, presa de las supersticiones mas viles, sin libertad y casi sin patria, encorvados bajo el yugo de un despotismo feroz, espantosamente hundidos en el inmundado fango de los errores y de los crímenes. No puede citarse un solo pueblo, Católicos, donde la fe se liaja

extinguido que no se haya precipitado por el mismo hecho en el abismo de la barbarie: el Evangelio, que ha civilizado al mundo, abandona tambien soberanamente en el cieno de la corrupcion á los pueblos ingratos que le desconocen ó persiguen. Estaba, ¡ó Dios! en los atributos de vuestra justicia eterna que sucediese así: era fuerza que la apostasia de los pueblos experimentase los efectos de vuestro furor, y que pudiera decirse á cada una de esas naciones infieles lo que á Israel prevaricador decia uno de vuestros Profetas: „Sabe y confiesa que es muy terrible y amargo el haber abandonado al Señor tu Dios: *Scito, et vide, quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum.* (†)

Mas no concluyamos, hermanos míos, esta revista fúnebre de penas y castigos, sin volver todavia una última mirada sobre esa misma Francia, donde hemos presenciado no ha mucho el cuadro mas cumplido de todos los errores, de todas las crueldades, de todos los crímenes y abominaciones que pueden caer en la naturaleza corrompida. No os manifestaré, Señores, la muerte deplorable del filósofo de Ginebra y del Patriarca de Ferné, estos corifeos de la incredulidad y precursores de la desolacion y esterminio que sufrió el reino cristianísimo de Cleóvis y Carlo Magno: no llamaré vuestra atencion hácia aquellos sacerdotes intrusos, heridos por el rayo del cielo en el instante mismo en que se aprestaban á la posesion de los honores del santuario: correré el velo sobre Marat y Robespierre, por que en esa multitud inmensa se criminales víctimas, es empresa difícil para el orador pasar individualmente la vista por el suplicio de cada

(†) *Jerem. II, 19.*

uno. Es necesario ver de un golpe todo el horrible conjunto, ver á estos malvados luchando inútilmente con su propio destino, perseguir en vano al cielo y á la tierra, y espirar casi á un tiempo mismo entre las maldiciones de Dios y las execraciones del hombre: es necesario verlos sumergidos bajo las ruinas de sus propias instituciones, de estas instituciones pasajeras, levantadas sobre una arena movediza, y desmoronadas entre las manos de sus propios autores. ¡Gran Dios! qué implacable y terrible fué vuestra cólera para con los autores de esta conflagración impía, de estos sacrilegos que se bañaron en la sangre de vuestros sacerdotes, que mancharon y destruyeron vuestro tabernáculo angusto con el designio frenético de abolir la memoria de vuestro Cristo!... ¿Qué fué de los autores de esta famosa revolución? Siglo ateo, ¿dónde están tus sabios y tus fuertes? ¿Dónde los trofeos de tus victorias y los despojos de tus conquistas? ¡Dichosos ellos, hermanos míos, si semejantes á los soberbios de Babilonia, solo hubieran tenido que sufrir el humillante castigo de la confusión de las lenguas! Pero vedlos cómo espiran entre la oscuridad y la ignominia, cómo se despedazan y devoran mutuamente, y cómo representan casi todos en esta escena de sangre el doble papel de verdugo y de víctima.

¡O pueblos! atended: esta lección ha sido dictada para vosotros. Temed á la vista de estos estragos, temblad: la atmósfera que circunda al universo no acaba de purificarse aún de este contagio maligno que afligió, tanto á la religión de Jesucristo, y arrebató tantos hijos á la patria de Godofredo. Y vosotros, Grandes de la tierra, aprended aquí lo que cuesta el abuso del poder: sabed que le te-

néis prestado, y que para confundir y arruinar totalmente al insensato que se arma contra el cielo, no se necesita de otro impulso, que el que bastó para sacar al mundo de la nada. Abrid los ojos y convertid á vuestro propio bien las lecciones que suministran estas catástrofes sangrientas: no sea que perezcaís entre los clamores desesperados de un tardío arrepentimiento, cuando el Hombre-Dios haya pronunciado el *hasta aquí* de su paciencia y hecho tronar sobre vuestras cabezas el tremendo rayo de su ira. *Nequando irascatur Dominus, et pereatis de via justa.* (+)

¡Qué grande y sublime se presenta, Señores, á mi alma ese madero angusto, cuando le veo reunir á su rededor la sabiduría, la virtud, el poder, cuanto hai de mas admirable en los cielos y en la tierra! ¿Quién temerá por el reino que él preside, cuando repasa la serie infinita de sus victorias y mira disiparse inevitablemente las negras tempestades que hace brotar el abismo? Ved Católicos, el nuevo reino presentando el modelo de todas las sociedades: ved este imperio donde la libertad evangélica dulcemente abrazada con la fé, anuncia desde la cruz de Jesucristo aquel *imperio sin fin*, que no estaba prometido por cierto á los descendientes de César. ¿Qué política es esta, que tan maravillosamente combina los derechos y la autoridad, los intereses del súbdito con el poder del magistrado? ¿Qué imperio es este, donde no se ha interrumpido jamás la sucesión de los Soberanos, sin embargo de no contar con otra dinastía que los vínculos de la fe? Colocado en medio de todos los reyes, el Vicario de

(+) Ps. H, 12,

Jesucristo ve nacer, encontrarse y morir todas las vicisitudes de la política, sin que vacile un instante su trono. ¿Quién contará, Señores, todos los caracteres diversos que han ido presentando en la serie de los siglos la política, la legislación, los principios del orden, el genio de los pueblos y la suerte de los gobiernos en las instituciones humanas?

¡O Iglesia de Jesucristo, sociedad única y verdadera, imperio por excelencia! Tu descubres en esa silla invulnerable, en esa luz indeficiente, en ese principio eterno, independiente de todas las vicisitudes humanas, en esa unidad exclusivamente tuya, en esa universalidad tanto mas duradera cuanto mas espontánea, que no perteneces al mundo, que eres la Esposa de Jesucristo, que no prevalecerán contra tí las puertas del infierno. Verás levantarse y abatirse todos los tronos, grandes y decadentes todas las sociedades, resplandecientes y oscurecidas todas las glorias, mientras que tú, superior al tiempo y á la muerte, aparecerás inmune, como el arca misteriosa, entre las ruinas deshechas de cuanto existe; y como te vió el hombre, constante y fuerte en tu nacimiento, te verá tambien triunfante y gloriosa, á la luz moribunda del universo abrazado.

No me sorprende ya, Católicos, ver á Jesucristo anunciando mui anticipadamente las glorias de su cruz, levantarse para ir á Jerusalem, diciendo que ha llegado la época en que va á ser glorificado el Hijo del Hombre. Ahora comprendo aquella gloria que vió el Evangelista San Juan, aquella gloria suprema y única del unigénito del Padre, esa verdad infalible que hizo caer el cetro del pensamiento de las manos del filósofo gentil, esa trasformacion que en el universo producen las innumerables virtudes pue

corren con la sangre del Mesías, este reino invencible que nace de la cruz: ahora comprendo esa plenitud de gracia y de verdad, que abre las puertas del cielo al universo condenado, limpia y regenera la naturaleza humana, marchita y muerta por la primera culpa. Mi alma queda absorta en la contemplacion de tanta grandeza, dulcemente agoviada bajo el peso de tanta magestad y de tanta gloria: el nombre augusto de Cristiano eleva mi corazon, y un enagenamiento sublime se apodera de mí, cuando veo la Cruz de Jesucristo en los brazos de los Mártires, en el candor de las Vírgenes, en la mano del Apóstol, en los libros del Sabio, en los dedos del niño, en el pecho del rústico y en la frente del Monarca.

Ved pues, hermanos míos, ved fielmente cumplido el oráculo del Redentor. Todo le está sometido, pues desde el instante mismo en que fué elevado sobre la cruz, el mundo tuvo un libertador, la virtud un dechado, la culpa una víctima infinita, la Iglesia un Gefe, la religion un Pontífice, los pueblos un pastor, los gentíles una luz, Israel un consuelo, los justos un santificador, los ángeles un Rey, los santos un reino, y el Eterno Padre un holocausto digno y adoradores en espíritu y en verdad.

Católicos, cuando hemos presenciado la regeneracion de todo el universo para anunciar á Jesucristo, cuando hemos visto á la filosofía orgullosa ceder el campo á una verdad que tan soberanamente descubre su origen divino en la persona de su autor, en la sublimidad de sus misterios, en la unidad de su economía, en la universalidad de su inteligencia, en la santidad de su moral y en la eternidad de sus promesas, cuando hemos visto al Hombre-Dios criar la virtud en la tierra, rendir y anonadar el orgullo con

sus santas humillaciones, inutilizar y confundir con su poder soberano las negras maquinaciones y los combates impíos, cuando hemos presenciado las innumerables y gloriosas conquistas de los Apóstoles, de los Mártires y de los Confesores, rendirse los Imperios á la palabra santa, y caer pueblos y reyes al pié de la Cruz, tiempo es de convertir de nuevo nuestras miradas hácia el Gólgota, y reconocer, admirar y bendecir en esa víctima santa la sabiduría, el poder, la inmensa magestad del Hombre-Dios.

Desde esa colina donde le coloca la ingratitud de un pueblo rebelde, desde ese patíbulo que ha transformado en un monumento de gloria, pasea sus miradas por todo el universo, registra los pasados y futuros siglos, que han de conducir hasta la eternidad los humildes tributos de adoracion, de reconocimiento y de amor, los inflamados votos de todos los hombres, las virtudes de todos los justos, el culto magnífico de todos los pueblos, el santo vasallage de todas las generaciones. A su presencia buyen medrosas las tinieblas que habian cobijado la tierra, disipadas por el esplendor divino que sale de su cruz; bajan hasta el abismo los infames restos de la idolatría y descuelan los inexpugnables muros del nuevo templo; la figura cede el campo á la realidad y sobre el antiguo pavimento de la Sinagoga se levanta el tabernáculo augusto que ha de habitar en persona el Hijo de Dios vivo.

¿Cuál es aquí nuestro deber, hermanos míos? Reconocerle Rei en medio de sus ignominias, é inspirados por su gloria, entonar el *hossana* sublime, aclamarle libertador apesar de su muerte. Esa Cruz es el trono del mundo, esa corona de espinas es la única diadema, esas llagas son otros tantos monumentos de inmortal victoria; la eterna Magestad de los cielos consagra en el culto sublime de los ángeles y

de los hombres ese aparato fúnebre, esa urna de dolor. Criaturas todas, reconoced á vuestro soberano: Cielos, inclinaos á su presencia; postraos delante de él, vosotros todos los que ocupáis la tierra, estremeceos al escuchar su nombre, potestades vencidas, que habitáis en las eternas llamas: „que al nombre de Jesus, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos.” *In nomine Jesu omne genu flectatur celestium, terrestrium, et infernorum.* (†)

Redentor del mundo, nosotros nos postramos delante de vos, para rendiros en vuestras aras el culto solemne de nuestra admiracion y de nuestra gratitud. Hombre Dios, á vos pertenecen todos los homenages: Dueño sois de todos los beneficios que el universo disfruta, de la verdad que nos ilustra, de la virtud que nos santifica, de la Iglesia que nos conduce, que nos sostiene y que nos salva. Vuestro es el poder, vuestra la divinidad, vuestra la sabiduría, la grandeza y la gloria. Bendicion, claridad, accion de gracias á vos, honra y culto sin fin á vos, Rey eterno de los ángeles y de los hombres. Que á vuestro nombre, pues, se postre el universo; que todos los pueblos os escuchen como al autor supremo de la verdad; que todos los hombres os veneren como al modelo divino y único de la virtud, que todos los reyes pongan el cetro y la diadema á los piés de vuestra magestad; y que nosotros, ó Jesus, permanezcamos firmes en la profesion de vuestra fe, que no aspiremos sino á la gloria y á las santas delicias de vuestra Cruz, y que despues de haber permanecido fieles en la milicia de vuestro reino, recibamos de vos mismo en la triunfante Jerusalem la corona de inmortalidad que habéis prometido á la constancia heroica de los justos. *Amen.*

(†) *Ad. Phil. II, 10.*



Faint, mostly illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.

U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUE

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

Fragment of a white label with some illegible text and a red border at the bottom right corner.

(1) AA. P. III. N. 10.

00